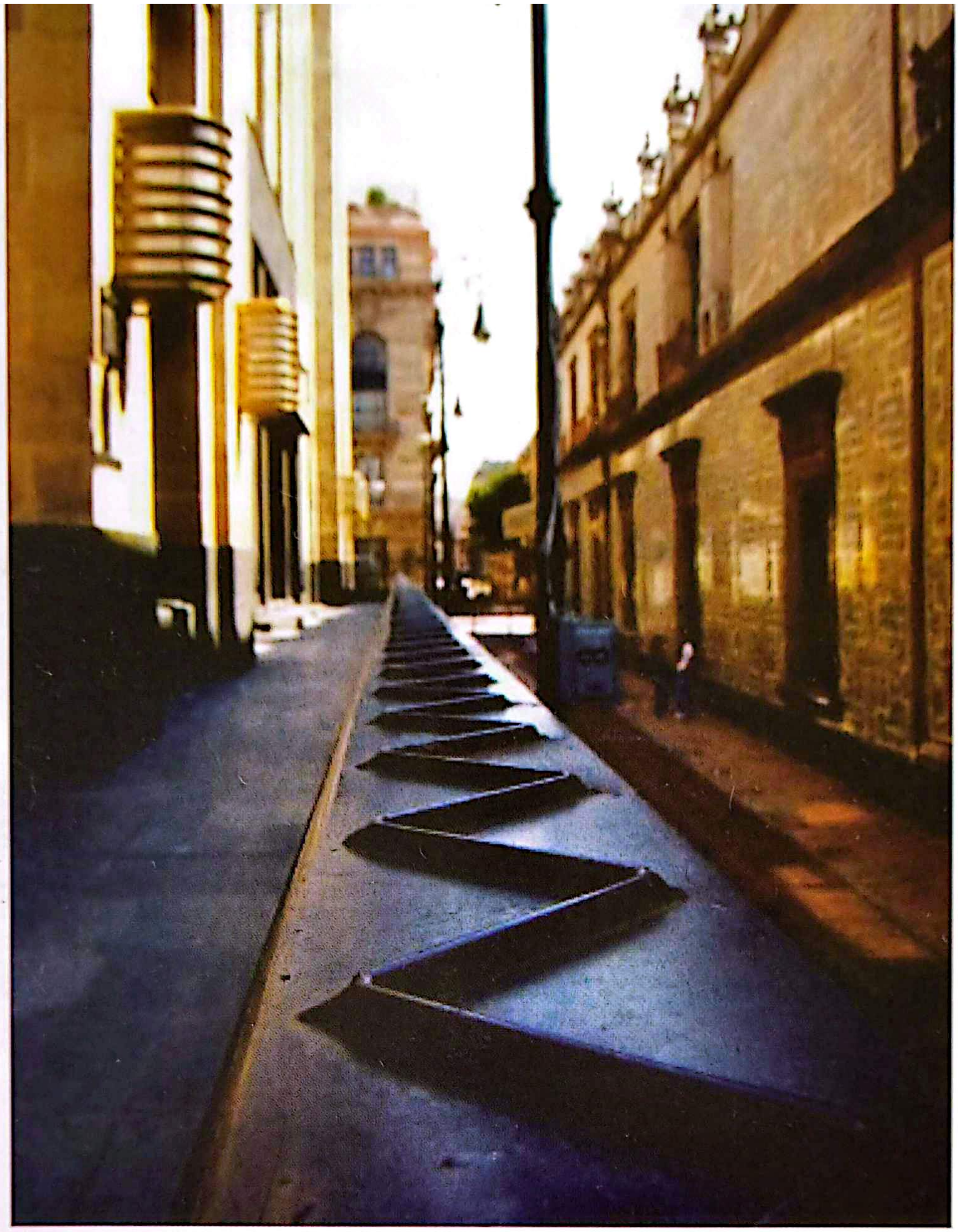


TODOS LOS MARES LLEVAN A VIRGINIA

Epílogo de Dolores Castro

ALMA KARLA SANDOVAL

SEDIENTO
EDICIONES
Narrativas en español

Foto de autor: 2013, Alma Karla Sandoval©

Alma Karla Sandoval nació en Zacatepec, México, en 1975. Es egresada de la Escuela de Periodismo Carlos Septién y de la Escuela de Escritores de la Sogem. Especialista en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera por la Universidad Complutense de Madrid y Magister cum laudem en Literatura Latinoamericana por la Universidad Javeriana de Bogotá, es Doctora en Literatura por el CIDHEM. Trabaja como Profesora en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Reconocida con varios premios, ha publicado los poemarios: *Corredor de las antorchas* (2000), *Todo es edad* (2003), *Estacionamiento de avestruces* (2006), *La misma escarcha* (2009), *Para un árbol amarillo* (2010), *Cementerio de pequeñas cosas* (2011) y *La dueña de la isla* (2013).

Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Morelos
2011

TODOS LOS MARES LLEVAN A VIRGINIA

TODOS LOS MARES LLEVAN A VIRGINIA

Alma Karla Sandoval

Lengua de gato
Narrativas en español
SEDIENTO
EDICIONES

Colección *Lengua de gato*

Imagen de portada: Sin título.
Autor: ©Enrique Ponce.
Técnica: fotografía.
Año de realización: 2013.

Primera edición: abril de 2014

Concepto y diseño editorial: Manuel Pérez-Petit.
Lectura crítica: Javier Trejo Tabares y Graciela Roque García.

DR©Alma Karla Sandoval Arizabalo, 2014
DR©Manuel José Pérez Petit, editor, 2014
SEDIENTO EDICIONES, 2014
Abedules, 168. La Perla,
Nezahualcóyotl.
C.P. 57820. Estado de México.
sedientoportatil@gmail.com
sediento.org
facebook.com/sedientoediciones
twitter.com/Sediento_ed

ISBN: 978-607-9201-96-8

Todos los mares llevan a Virginia Virginia fue escrito con el apoyo de una beca para Creadores con Trayectoria del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico del Estado de Morelos, México, emisión 2011-2012.

Los cuentos De barro suave y de calandrias, Las rosas que miran la lluvia y Más allá del cerro azul obtuvieron el primero y el segundo lugar en cuento corto y el primero en cuento largo en los Juegos Florales de Cuernavaca 2012.

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin autorización por escrito del editor.

Impreso y hecho en México

Índice

I. Acantilados

Los que habitan la fiesta	11
El trance	15
Donde no existe	19
Pamela y los abrazos	21
Terzuela	25
Copos de noviembre	29
Papel estraza	33
Cultivo de rotación	37
Oler a tinta	41
Viento escarlata	43
Miguel	47
De plata sucia	49
Metrópoli anfibia	53
Tríptico de arqueros	55
Neblinas	61

II. Marea

Todos los jueves	69
Pintura con voz	73
Las rosas que miran la lluvia	77
Una casa con naranjos	81
De cómo escapó la señora del aire	85
Manhattanhenge	87
Madriguera de terciopelo	91
Tres vestidos	95
Necrológica en abril	99
De barro suave y de calandrias	101
Nuestras señoras de lo celeste	105
Pallade che doma il centauro	107
Mapas de desayuno	109
Más allá del cerro azul	111
Todos los mares llevan a Virginia	119
Epílogo	123

I. Acantilados

Los que habitan la fiesta

Hace calor y casi todos llevan sombrero. Es una arena circular. La cerveza no dura fría. Las botas se empolvan. Los caballos tienen hambre y dolor allá, donde siguen escondidos.

Hace miedo.

Lupe no lleva una camisa a cuadros ni anda maquillada como todas. "Al jaripeo nada más van las putas", le había dicho la tía Socorro. Por eso fue, porque quería saber lo que ocurre cinco calles de donde aún la obligan a bordar un mantel inútil.

La música hiere. Lupe se oculta detrás de dos amigas con aretes infinitos. El trío se mueve entre parejas que bailan. Los toros y sus jinetes fracasados ya se fueron. Queda una fiesta desconocida, un modo canino de buscar algo que aterra.

Como a una concha extraña, irregular, brillante apenas, dan con esa blusa de la hermana que Lupe se puso

para ir al rodeo. Tiene encaje delgadísimo. Esconde el busto. Esconde, también, su curiosidad. No le preguntan. La toman como al molusco.

Es el chico de su clase, el que la molesta, el que compite con Lupe. Va disfrazado de todos los hombres que habitan la fiesta. Lleva un sombrero blanquisímo. Suena a misterio dulce y fresco esa camisa. Es su diástole porque están tocando la canción que a él le gusta:

Vagando voy por la vida, nomás recorriendo el mundo.
Si quieren que se los diga, yo soy un alma sin dueño,
para mí la vida es un sueño.

La emoción se vuelve trance cuando se cierran los ojos, es una vereda honesta sin la tía ni la hermana virgen. Así que la joven aprende a brincar con ritmo y la nariz en el cuello de Israel. Lupe entiende lo que está cantando. Le gusta. Quisiera seguirlo en las frases, ser como él, libre al centro de la arena, pero nunca había oído, ni siquiera sabía que existía, Tony Aguilar.

Yo tomo cuando yo quiero.
No miento, soy muy sincero
y soy como las gaviotas volando
de puerto en puerto.
Yo sé que la vida es corta,
al fin que también la debo.

Las gaviotas, las golondrinas de los poemas que luego aprenderá, las palomas que van a abrirle la vida en las catedrales donde luego se enojará con Jesucristo. Los puertos donde bailará otras músicas lejanas, sin cerveza, sin el olor a excremento de caballo. Todo porque Lupe descu-

brirá que las dudas poseen deudas, que Israel tenía razón, no debió hacerle aquellas groserías: dejarlo hablando solo, pasar por los barandales de la escuela ignorándolo como las santas de las capillas, como dicen que hay que hacer y vivir. Como dicen que está bien, sin preguntarse, sin bailar dejando que te aprieten, tanto, que puedas escuchar tu corazón.

Israel sube el tono, está perfectamente convencido de lo que grita:

El día que yo me muera, no voy a llevarme nada.
Hay que darle gusto al gusto.
La vida pronto se acaba.
Lo que pasó en este mundo nomás el recuerdo queda.
Ya muerto voy a llevaaaarme,
nomás un puño de tierra.

Ahora los ojos de Lupe están muy abiertos. La banda ya no la hiere con su volumen. Se ha transformado en una caricia brutal. Una expresión que la obliga a prometer secretos hacia dentro de sí. No quiere que acabe la canción porque tendrán que soltarla y ella olvidar, o al menos, fingir porque nada va a pasar, sólo fue un baile. En su memoria, tal vez, Lupe permanezca flotando junto con la letra que él cantó. En su memoria y en los años que vendrían. Pocos o muchos hasta volverse a ver en el corredor de un supermercado.

Israel lleva el carrito lleno, los zapatos franceses, los pantalones gringos. Lupe una falda que venden en las tiendas hindúes, sandalias viejas, melena al aire y el gesto pleno. Pero a él ya no le agrada. Ella sonríe frente a ese contador que la juzga, "cada vez estás más loca", le dice. Lupe, traicionada, se da una vuelta triste.

El trance

Vino a consultarme porque quería que la ayudara a olvidar algo. Le llevó cinco sesiones confesar que no quería dejar de fumar, beber o adelgazar. La noté sana, con el pelo brillante y el cuerpo torneado. Sonaba inteligente y mucho más madura de los veintidós que dijo tener. Esas cosas no me interesan, aunque bueno, son datos importantes a la hora de la hipnosis. La verdad es que se dan sorpresas de todo tipo. Yo prefiero intimar poco o casi nada con los pacientes. Lo cual es complicado porque terminan contándote su vida y yo detesto, pero no se los digo, cuando sin haber entrado en trance comienzan a llorar. Es un espectáculo horroroso que debo aguantar por la paga. Gustosos sueltan los dos mil pesos sin regatear. Lo cierto es que no sé cómo me sucede, cómo los hago dormir.

Me pasó desde niño, en la primaria, cuando noté que mi maestra me trataba diferente cuando me le quedaba mi-

rando pensando con todas mis ganas que no nos dejara más tarea, que estuviera feliz para que no regañara a nadie y curiosamente sucedía. Creí que era un sueño. Pero con el tiempo corroboré mi influencia sobre los demás y terminé comprando un péndulo en la Lagunilla, tomando dos o tres cursos de *New Age* además de neurolingüística y con buenas amistades y algo de la suerte que nunca me ha abandonado, abrí un consultorio en la colonia del Valle. Las coincidencias no dejan de sorprenderme. Ignoro por qué puedo dormirlos y convencerlos de que al despertar ya no se fumen un solo Marlboro. He adelgazado a los más obesos. He recuperado a jovencitas anoréxicas. Al principio creí que Marisol era una más, pero no estaba lo que se dice flaca. Cuando comenzó a soltar la sopa habló del gallo dorado en la punta de un cuerno de chivo. Luego repitió una lista de regalos que incluía coches, joyas, países de Europa y apodos como "El Pinto", "La Cabrona", "El Jefe". Después comenzó a desvestirse sin que se lo propusiera. La desperté porque no quería abusar antes de que se bajara los jeans. Se asustó un poco, pero regresó la siguiente semana.

Traía lentes oscuros y supuse que tenía un ojo golpeado. Acerté. Se durmió más rápido que las sesiones anteriores. No se desvistió. Lloró porque la hice retroceder a la infancia. Abuso, claro. Los primos y un tío. Las escenas se desarrollaban de noche, en el patio, y otras veces en un hotel en el que era llevada a la fuerza. Pero eso no fue lo más duro. De un relato a otro siempre aparecía el mismo gallo, decía tenerlo en la vagina y excitarse después de tenerlo repetidas veces entre las piernas. Dispara, dispara, dispara, suplicó. El orgasmo que tuvo me incomodó bastante. Entonces pensé en convertirme en el tío o en el narcotraficante del AK 47 bañado en oro. Pero me controlé.

Esa noche, en la casa, mientras eyaculaba dentro de Flora, mi mujer, comprendí lo del disparo. La metáfora, tan clara, no me dejó dormir. Menos sabiendo que volvería a ver a Marisol y continuar con el tratamiento para hacerle olvidar, a cualquier costo, todas aquellas violaciones. Olvidar o superar, que no es lo mismo. La hipnosis no puede contra la memoria. Es lo que no entienden los pacientes. Lo que hago es conseguir que el recuerdo no moleste. Sólo eso. Pero no sé por qué no quería que ella superara su problema. Bueno, si sé. Me gustaba su enfermedad. Le ocultaba que la hacía repetir cinco o siete veces las escenas. No en las que lloraba, en las que, a fuerza de sentir el arma en el cuerpo, volvía a hacer la misma súplica. El martes llegó y tenía un nuevo plan: hurgar más hondo, ver si había otras formas de hacerla estallar en mi diván café que acababa mojado, con un penetrante olor a sudor y perfume caro que ella usaba. Pero no llegó. Me asomé por la ventana y nada. Dieron las seis y llegó un gordo moreno. Salí de las consultas a las ocho. Bajé al estacionamiento del edificio. Me estaban esperando dos tipos en el coche. En menos de tres minutos me levantaron. La golpiza incluyó amenazas. Nunca mencionaron su nombre, pero sé que fue por ella. Me arrojaron por la carretera rumbo a Acapulco. Toda la noche escuché corridos. Fumaban, inhalaban coca, bebían whisky y me pateaban cada vez que hacían una escala para ir al baño. No sé cuánto tiempo pasó. Quiero olvidar, doctor, por eso vine.

Donde no existe

Hablé con el demonio, el que sedujo a Mefistófeles. Nos fuimos a tomar un café a Starbucks. Pidió un frapuchino grande salpicado de galletas Oreo. Se lo bebía lentamente mientras me veía y escuchaba llorar. Le dije que no lo volvería a hacer, que había sido la peor equivocación de mi vida. Creí que algo en él podría darme consuelo, pero sonrió burlonamente ante la pena de mi propia indefensión y esa culpa creciéndome larga, enorme, como una sombra amarguísima, más que el café americano que estaba bebiéndo. Él no hablaba. Era yo quien no podía parar. Extrañamente, repetía las mismas frases: "Yo tengo la culpa, perdón, perdón". El diablo no necesitaba decir nada, lamía el popote relleno de café helado, muy dulce.

Será porque insistía, porque temblaba toda, porque le daría más placer dialogar conmigo finalmente, que dijo:

–Cuando me lo acabe, nos vamos –seguía sereno, sin enojos. Diría que hasta soltó la frase con compasión.

A mi mente regresaba el abrigo y lo que llevaba en una de sus bolsas. Un plumón para rayar el carro del amor de mi vida. Varios desprecios, sospecha de infidelidad, maltrato. Luego su rabia, sus manos, su fuerza…

El diablo estaba al tanto de todo ese remolino en mí. Chupaba el popote una y otra vez. Su vaso desechable no terminaría de vaciarse jamás.

–Nada más estúpido que la pasión. Ustedes, los seres humanos, alimentan a mi séquito con ella. Lo mejor de todo es que sabes que pudiste detenerte y no lo hiciste, que pudiste escapar y no entregarte –sonrió otra vez, pero siempre tranquilo, sereno con su pata de cabra que escondía debajo de un Armani. Podría pasar por mi padre, mi novio. Se comunicaba con displicencia. Podría ser mi vecino, el esposo de mi confidente, el que le pegó a mi hermana.

Luego el reproche y mi café que sí iba a terminarse. El diablo repitió que nos iríamos en cuanto él acabara su bebida. No yo. Su vaso se volvía a llenar. Le daba gusto que así fuera. Yo, quemándome por dentro, repetí: "fue mi culpa, perdón".

Pamela y los abrazos

Mi mamá no quiso que la acompañara al súper. Me dejó en la casa con mi prima Hilda que no tiene papá y que esta noche se quedará a dormir con nosotros. Mi tía también. Las dos están en el cuarto de las visitas viendo la televisión. Cuando llegue mi mamá, le voy a preguntar si es cierto lo que escuché en la escuela, que van a matar a mucha gente hoy en la noche. A mi papá tampoco le he dicho que Alan nos enseñó a todos la foto de unos ahorcados en el puente de la autopista. Eran tres. Mi amiga Ximena se espantó mucho, lo acusó con la *Miss* y le quitaron su celular con las fotografías. No le conté a mi mamá porque no quise que se preocupara ni que me cambien de escuela. Me gustan mis amigos. Hoy no fueron muchos a clases. Andan diciendo que los narcos van a andar afuera, que no podemos salir.

Son apenas las cinco de la tarde y mi mamá me dijo que no se tardaba. Nos íbamos a ir a Valle de Bravo maña-

na, ya no. Mi papá, que llega más tarde del trabajo, llamó hace poco para preguntar cómo estábamos. Es la segunda vez que lo hace. Siento que no voy a poder dormir.

Ya llegó mi mamá, trae muchas bolsas. Mi tía sale a ayudarla.

Hace un rato que ellas están en la cocina. Me puse detrás de la puerta. Hablaron de que había mucha gente comprando en el súper.

Llevo una hora viendo la tele con mi prima. Ya cenamos. Ya está aquí mi papá. Lo siento raro. Vino a abrazarme. Me preguntó muchas cosas que no supe contestar. Jamás me había hablado de esa manera. Juega conmigo, me sube a sus hombros y me baja porque de afuera llega un ruido, cada vez más fuerte, que pone serio a mi papá. Son ambulancias. Pasa una, luego a otra. Hasta mi perrita, Lily, se pone mal, ladra y se esconde debajo de un escritorio.

Mis papás se pusieron a ver una película con mi tía. De vez en cuando le cambian a las noticias. Ya me subieron a dormir, pero no se han dado cuenta de que estoy en las escaleras tratando de saber si es cierto lo que escuché en mi salón.

Hace tres minutos volvieron a pasar ambulancias. Mi papá dice que no cree que vaya a pasar algo malo. Mi mamá le grita groserías al gobierno cuando habla. Mi tía les cuenta que se quiere ir de aquí. Me voy a poner triste si mi prima Lucero se va a Estados Unidos.

Ya estoy cansada, me voy a regresar a mi cuarto. Toda la gente está en el fraccionamiento. Miro las luces encendidas de las casas que siempre están a oscuras. Mi mamá sube al baño y me descubre. Le preguntó si es cierto que ya están matando a mucha gente en la calle. Me dice

que no, que son mentiras. Me abraza muy fuerte, como mi papá, pero siento su corazón latir muy rápido.

Terzuela[1]

Ahí va otra vez el pinche panzón a comprar su coca light de lata. Luego va a pasar con Doña Meli por sus dos gordas de chales y longaniza. La salsa de chile guajillo se le queda en los bigotes negros tan feos que tiene como una línea de sangre que se limpia con la lengua.

Debe ser por lo gordo que no se acomoda en los banquitos de plástico, pero ve cómo le hace y si no almuerza de pie; se pone de ladito para que cuando pase un coche, no le suelte todo el humo del escape en la carota.

Deja su camioneta a dos cuadras de aquí. Lo acompaña un gordo canoso que se parece a él: "Pásele, teniente, verá qué sabrosas están estas gorditas, ¿de qué se las pido?"

[1] Para muchos, halcón hembra.

Se las come de habas y frijoles, como si fuera vegetariano, o chance sí, porque me consta que las ordena sin mucha grasa. Yo me estoy haciendo mensa esperando mi sope de pollo cuando escucho que a ese "becerro" ya no lo van a encontrar. Un pedazo de masa se le atora al panzón y le da un trago a su refresco. Se quedan callados. La mirada del teniente lo dice todo.

Yo sí sé de qué están hablando los dos. Paro oreja porque se acercan más como para que nadie escuche. Alcanzo a oír que ya hasta lo enterraron aunque la familia ande como loca de aquí para allá, busque y busque, pidiéndole a Dios con todas sus fuerzas que el chavo no esté muerto. Los vi marchar acá en la glorieta hace poco. No eran muchos, pero bien que iban unidos. Se ve que querían al muertito.

La verdad sentí bien feo; algunos caminaban hasta moqueando de tanta lágrima. Les habría querido decir que no se preocupen, que hay gente que está haciendo todo lo posible porque las cosas se calmen, que darán hasta la vida con tal de que esos desgraciados no se queden con la plaza.

Por eso me metí con ellos, son el grupo que no desaparece personas por puro gusto, son más rectos porque no dependen de una nómina. Me dan cinco mil al mes y no hago nada malo. Nada más paso informe, mando un mensaje contándole a mi superior qué hace y para dónde va el panzón.

En ocasiones me muevo en taxi, en moto con casco o en un Tsuru que me prestan. No es diario. Nada más cuando me dicen que toca. No tengo idea por qué. No pregunto, no quiero que me contesten a gritos.

Dicen que hay otros que no son policías, sino narcos bien especiales, antes de que comiencen a trabajar los llevan a una granja y hasta les hablan de religión, les sueltan

choros mareadores y les prohíben que la prueben. Algunos se rapan como monjes y hasta viven juntos, pero siempre hay uno cuidando que no se salgan del guacal. No los dejan ni a sol ni a sombra y con lo que les dan no sacan ni para sus chescos. En fin, eso dicen.

Ojalá que ésos no ganen porque entonces sí me voy. Son bien rápidos para saber quién es gente de quién. Pero no tengo miedo, mi niña blanca no me abandona. Voy a ir a su altar. Le voy a poner un ramo de flores caro, con lirios de esos bien rojos y rosas blancas porque ella es así, limpia, bonita. Tengo que pedirle ayuda porque el panzón se me queda viendo otra vez. Bajo la cabeza, disimulo, pero creo que ya se las huele. Así que mi patrona me tiene que oír; le pido y le pido que lo agarren por lo del chavo que no aparece, que alguien haga una llamada anónima, que lo denuncien como a otros policías vendidos. No, que lo maten, eso estaría mejor, Santa Muerte bendita, que lo maten en una de las balaceras de siempre por acá.

Copos de noviembre

Sí, el autobús es ruidoso. Los hombres que regresan del trabajo huelen mal y vas en el mismo asiento de ayer. No hay belleza en esas calles sucias cuyo único anhelo puede ser volverse grises. No suena una melodía jovial en tu mente.

El conductor ha frenado con ira. El acento de las mujeres que van a tu lado es tan encendido por la queja como los colores de sus blusas. Eso es todo porque le hace falta todo a tu ciudad, a esta hora de la tarde con olor a pobre diablo en ese capazón de la pobreza llevándote al departamento. Tienes que subir seis pisos con la mochila insoportable.

Ya no aguantas los pies por andar vendiendo tantos libros. El único poeta al quieres leer es el almohadón de tu cama. Pero sabes que no podrás dormir tampoco esta noche. Hace días que ahí está esa historia alfombrando con

su atmósfera tu sueño. Ocurre en Japón, en el patio de una casona blanca. Ya sabes su nombre, te lo aprendiste hace un mes cuando ella apareció. Por eso, en ese instante en que tomas un café cargadísimo y te acomodas en la mesa para burlar el dolor de tus talones, para traerla, dices Yuki.

Entonces sale de un rincón del jardín con una florecilla que va muriendo en sus dedos. Espera a que todos terminen, a que el abuelo, luego el padre, el hermano, la madre y al último su cuerpo, entre en una tina fría, con agua cenicienta y espuma nauseabunda. Sólo eso es de ella, pero también las nubes que a finales de noviembre sueltan copos de un hielo que a Yuki le gusta recibir porque son puros, no como esas olas de líquido grasiento en el que debe bañarse según los usos y las costumbres milenarias. De todas maneras ya le debe su vida al emperador, pero no importa –podría pensar–, siete años no son nada. Apenas se acuerda de las últimas tres floraciones del cerezo y tú, que acabas de llegar de un trabajo terrible en una ciudad al otro lado del mundo, lo sabes. Contigo es diferente, por eso no le das diálogo a esa niña de ojos rasgados, no tiene nada que ver con tu mirada amarilla.

Tú eres capaz de describir las formas de su kimono sucio por andar escondiéndose entre las ramas con lodo; puedes hasta decir que su cabello no cae, casi flota antes de la lluvia, como hacen las libélulas, si la pequeña corre sin lograr escapar de ese baño que según su familia, la purifica. En cambio, tus parientes están lejos, sobre todo tu padre que no te dejaba venir a este horizonte, pero era eso o quedarte para siempre detrás del mostrador mirando las montañas mudas.

Así que piensas en las otras, tan diferentes, tan tristes, como tú esperando lo que nunca podrán darles: agua caliente, pura, sin las huellas de nadie más, sin la conclu-

sión de un sueño roto en el cuerpo. Al menos tú ya no eres una niña. Sin embargo nunca irás a Japón y nadie, nunca, premiara tus libros. Acabas de borrar el último. Te convencieron de que no sirve, no quisieron publicarlo. Así que desaparecerlo fue tan fácil como cerrar los ojos –igual que Yuki– y entregarte al olvido, o peor aún, a un aborto espontáneo, otro más, cuando te rindes, colocas el dedo con fuerza en *enter* y te vas con el almohadón a seguir siendo desgraciada

Papel estraza

Le quedan poquitas flores de carne, colorines, a los árboles de afuera, por eso Macaria escribe con mucho trabajo unas líneas que adorna con pétalos de lápiz nervioso. Flores de carne quedan pocas, así se llaman porque te subes al árbol por ellas, las hierves, luego las pones en el comal con cebolla, jitomate, ajo y epazote. Te quedan buenas, muy ricas con una tortilla acabadita de inflar, bien redonda, como las de Macaria que sí aprendió a escribir, no como sus hermanos que por irse al campo y luego a la frontera, no saben ni leer lo que dicen las cajas del jabón o la leche.

Pocas flores de carne, repite, eso quiere decir que ya viene octubre y con esas fechas, el esposo de su hermana Gertrudis. Por eso, porque ya pronto llega el día, Macaria escribe. Ya se la había olvidado cómo tomar ese lápiz viejo, manchado de grasa de zapatos, cómo trazar una letra y luego otra que no se parezcan a lo que siente. Eso es lo más

difícil, que lo que diga ese papel estraza no sea del mismo color de la superficie donde cae su llanto como lodo por el polvo café de afuera, el que también ensucia a la buganvilia y al sol muy alto cuando no hay nadie en la casa.

Todos llegarán hasta la hora de la comida, flores de carne, otra vez, pero sabrosas, con las tortillas infladas y los chiles toreados. Mientras, a seguir con eso que escribe en el papel donde venía el chocolate, eso que Macaria siente tan hondo, tan detrás de la ventana con barrotes cuadrados para que nadie entre, ningún ladrón o animal que come gallinas. Eso, en suma, que tanto la perjudica por las mañanas, las tardes y las noches desde enero a octubre cuando el esposo de su hermana no está y se entera de cómo le está yendo por la tristeza de Gertrudis que le cuenta que ya no la ha de querer porque cada vez manda menos dinero. Pero siempre regresa, él ve cómo le hace para estar acá en diciembre, le dice.

Macaria la escucha fingiendo que la comprende, baja los ojos con rictus impostado. Y es que el señor retorna para llevarla al monte de día y luego, sin que nadie lo sepa, ir al cuarto del patio de atrás, donde duerme la joven. Es un rato corto que dura lo de la luz de un cocuyo, pero basta para iluminar la vida entera, los días con trabajos de agua que ir a traer al pozo, las mañanas de maíz que hay que mover con la leña que se cambia a diario, las noches con la televisión a blanco y negro, la vida entera con los días de trabajo a golpes de tierra, fuego y aire con polvo que suele cambiar de color según las lluvias.

Como cambió el humor de Gertrudis por ahí de febrero junto con los vómitos y la barriga. Ella pensó que Macaria lloraba de emoción al decirle que vendría un niño moreno, sano y fuerte para acompañarlas. La abrazó y el sollozo se hizo más largo.

También por eso escribe en ese papel estraza, tiene el útero vacío y en el de la otra mujer que lleva su sangre hay una luna cargada de risa. Así no puede seguir soñando lo que traen las luciérnagas. Sólo le quedan esos renglones para que nadie pregunte, esos pétalos en la esquina donde dice que se va muy feliz al otro lado con Lencho, que deja comida también para mañana.

Cultivo de rotación

La bolsa y la bata cayeron con tedio en el asiento de atrás. Araceli arrancó el auto con una tristeza pegada en el parabrisas que le daba al horizonte un tono opaco. Las seis y el olor a café disminuía como un recuerdo inútil con el paso del tiempo. Salió de casa veinte minutos antes porque le gustaba llegar temprano y darse un respiro en la ventana que da al jardín de oncología.

Ayer pensó en dejar esos corredores de la muerte. Pero no tenía idea de cómo intercambiar esa vida por otra menos acre. Sus pocos amigos radicaban en la misma ciudad, los familiares que estaban fuera del país no le hablaban. El último divorcio se llevó una sucesión de presencias compatibles con ese anhelo que habitaba en su mente igual que el aire que soplaba esa mañana con rumbo al hospital. Ojala lloviera para ver un cambio en esa hilera de días sin más que los llantos de los pacientes, las tomografías, los

cuerpos con huellas de radioterapia o el típico color en los rostros que deja la "quimio". Sin embargo, las nubes parecían también muertas.

La autopista estaba desierta, normal para ser sábado, para ese tramo donde sólo hay cultivos que rotan según la temporada. Ese día, particularmente, parecían no terminar, amarillentos, con pocas manchas verdes y una que otra rebelde flor enana a punto de morir también.

Entonces lo vio.

Era un bulto oscuro y creyó, a distancia, que era una bolsa de basura que alguien había arrojado a la orilla del camino. Pero a medida que se avanzaba, aquel desecho iba cobrando forma de cobija sucia, envuelta como taco enorme.

Araceli disminuyó la velocidad. Quería definir muy bien qué estaba a punto de aparecer a la altura de su carro. Sí, un cobertor, o más bien, una colchoneta delgada de las que venden en el supermercado y sacan de apuros cuando llegan visitas de más.

Pero eso no era todo.

El contenido de la tela enrollada fue lo que la hizo detenerse. Por el retrovisor confirmó que ningún carro venía atrás. Lentamente comenzó a orillarse a unos pocos metros del hallazgo. Al bajar del Jetta, un rayo de sol furtivo le lastimó los ojos, pero no tanto como la nariz esa fragancia negra que le era familiar. Una docena de pasos, más o menos, dio antes de agacharse y encontrar hilos de sangre oscura. Luego cabellos cortos y la piel blanca de las mejillas de un hombre. Había un cuerpo o quizás pedazos de uno, dentro de la colchoneta polvosa.

Araceli observó, sin tocar, y segundos más tarde subió a su coche. Con parsimonia abrió la puerta, introdujo la llave y arrancó sin que le importara ser vista. No había nadie aún en el camino. Aceleró hasta donde le daba el pie

derecho. La aguja marcaba los cien kilómetros y luego más. Pasó la entrada del retorno que la llevaba cada día al edificio blanco con un jardín donde aceptar la muerte. Avanzó hasta dejar de ver el amarillo de los campos, hasta que arbustos con flores pasaron rápidas como en los sueños.

Pagó dos o tres casetas. Alguien le preguntó si estaba bien. No dijo nada. Siguió la ruta de unos montes azules.

Llegó al mar. Nadó.

Oler a tinta

Benjamín salía de un libro todas las mañanas a las siete. Manejaba mirando las calles y las flores como quien sonríe ante una mala ficción. El mundo que rodeaba hasta llegar a su cubículo en una universidad pobre, estaba mal narrado, con exceso de palabras. Era un universo autoreferencial y por ello dolido en su ego que nadie quiere reconocer por rudo, por torpe. Pero ahí estaba, ese era su paisaje, y Benjamín, estoico, daba una asesoría, escribía ensayos y regresaba a su libro clandestinamente. Primero se asomaba en la puerta para ver si su jefa no andaba por ahí. Luego apagaba el móvil, cerraba las ventanas del chat y también las del cubículo.

Entraba por la esquina superior derecha de una página. Ese vértice era lo primero. Después olfateaba el aire y miraba las nubes. Caían entonces las palabras como una lluvia ligera de tinta. Las gotas formaban frases que Benja-

mín recorría a veces con lágrimas ante la verdad que iban revelándole. No le daba sueño nunca ahí, no sentía deseos de comer o beber. Era el cese de esa deliciosa lluvia lo que le obligaba a volver a un mundo mal descrito. Así se le iban las horas, de escapada en escapada, hasta que volvía a su domicilio. El lugar era un apartamento con el baño azul y la cocina estrecha. En el refrigerador la comida siempre se dañaba. En los pisos, el polvo tenía un reino. Era una estancia que alguien habitaba a veces, cuando el dueño salía del libro, se bañaba para no oler a tinta y entraba, de nuevo, a la historia gris de sus costumbres.

Esa tarde Benjamín sintió un mareo, pero no le hizo mucho caso. Le urgía terminar de calificar algunas pruebas para ir a recoger palabras de un cielo que últimamente cambiaba mucho de color. Los personajes del mar blanco se habían puesto a navegar entre arrecifes con peces brillantes y había una sirena de pechos morenos que cantaba para él. Impulsado por esas visiones, palomeó sin leer las respuestas de los quince exámenes que le faltaban. Los guardó en un fólder, en un cajón y en el olvido. Cerró la puerta de su árida oficina. Llegó al estacionamiento. Manejó apurado, con la desesperación que produce la luz roja de un semáforo maldito. Lo único que le importaba a Benjamín era volver a aquellas páginas. No el mareo que se convirtió en susto cuando tres hombres le apuntaron con armas de alto calibre y los rostros cubiertos. Si querían su Chevy barato, que se lo llevaran; si iban por él, nadie pagaría un rescate. Por eso levantó las manos sonriendo. "Menos mal, finalmente algo pasa por aquí", pensó.

Los hechos fueron rápidos. Las aves del árbol de la esquina huyeron al escuchar las detonaciones. Benjamín abrió los ojos. Buscó y buscó la esquina del mar blanco, pero ciego, tardaría mucho en encontrarla.

Viento escarlata

Una bruma lenta, como el sopor de la noche, se movía en el aire de ese bar. La mujer había llegado sola y entró con una luz morada mientras la música cambiaba de idioma. Cierta canción en español la acercaba al chico que fumaba despacio. La sonrisa fue mutua pero algo triste. Ella se sentó nerviosa y él tuvo que mirarla como si se acabara el universo si Julia no le correspondía. Pero la mirada con rímel era igual y otra vez sonó en su pecho un latido acelerado que jugaba a esconder. Él casi lo escuchaba y lo entendía, eso era todo. Ella sabía el porqué y le bastaba.

Aquellas no eran vidas miserables. El esposo era un hombre reservado, pero la abrazaba a tiempo y le alcanzaba los tranquilizantes con ternura. La novia del muchacho parecía una muñeca libre y pelilarga como las ganas de vivirlo todo en un momento. No había razones para arruinar el futuro de los otros. O tal vez sí y por eso bebían me-

lancólicos en ese bar del que se fueron yendo los clientes hasta quedarse solos, mucho más allá de la medianoche, hablando de los niños problemáticos que fueron, de lo que sueñan, de lo que les da miedo, de que no pueden prometerse nada, de lo que les quita el frío o los enciende por dentro como sus conversaciones clandestinas.

No era sexual solamente. No comenzó así. Julia creyó que iba pasar, que no significaría nada una vez que el joven tuviera algo que contar en sus cuadernos, una pequeña desgracia para justificar su miedo a la adultez. Sería rápido, para no sentirse tonta por no haber besado a nadie más en siete años de matrimonio, para vengarse de las sospechas con los muchos días nublados junto a un desconocido que no eligió convencida, sino harta de escoger equivocadamente. Lo iba a engañar tarde o temprano y por eso no quiso embarazarse o no se pudo. Algo fallaba, algo no terminaba de llegar a las orillas de las personas que fundan reinos mezclando apellidos para siempre. Con todo, rápido no fue y ya era tarde para escapar del sentimiento. También muy temprano para matar esa luz oscura en los ojos del joven y decirle que aquello terminaba, que esa noche no irían al hotel de siempre, que el esposo había sido trasladado a otro país, que no volvería de ese viaje de negocios, sino que ya estaba esperándola allá mismo, y que ella no había tenido el valor para decírselo: es la última vez.

En cuarenta y ocho horas Julia se mudaría a una ciudad que no conoce para vivir junto a una persona que no tiene idea de cuántas veces ella ha soñado que es un papalote rojo. Miguel conoce los detalles de ese vuelo que acaba con la lluvia y el llanto de la mujer cada madrugada. Así que la idea fue de él porque algo intuía por la voz diferente de su amante, por el distanciamiento que promovía sin conseguir debilitar el lazo. Fugarse. Eso estaba propo-

niendo el joven con un nudo en la voz cuando entraron tres hombres vestidos de negro, armados, al lugar. Se los llevaron a empujones y Miguel hizo lo que pudo para que soltaran a Julia. Quedó inconsciente, ensangrentado. Al último pudo ver los ojos de quien soñaba papalotes. Por ella pidieron un rescate que el marido no pudo pagar.

Miguel

En la Barona, Miguel levanta por fin su papalote. Después de intentarlo cuatro veces, el pedazo de papel ahora es un ave que cobra altura. Y ahí va corriendo Miguel como si otras dos balas pudieran alcanzarlo.

Hace viento, por suerte, y no es de noche. Así que bien vale la pena acelerar el corazón por la calle, bajo la sombra de las nubes dulces y grises que traerán tormenta en poco tiempo.

Pero a Miguel no le importa mientras el papalote logre irse cada vez más alto, mientras aún tenga hilo que soltar. Así que corre Miguel para hacer eternos los minutos antes de volver a esa recámara donde duermen seis personas y una, muy en lo oscuro, le hace daño.

Por eso levanta el papalote un poco más, casi junto al trueno y sus nidos de algodones que oscurecen. A sabiendas de ello, Miguel corre otro poco, casi vuela con las cica-

trices de cigarros apagados en su espalda, con la habilidad de ver la muerte sin dolor, con un deseo infinito de que nunca se moje el papalote, nunca. Ni cuando reaparezcan los relámpagos.

De plata sucia

La oscuridad del cuarto era caliente, como en la boca de un animal rabioso. Ahí le latía el corazón muy rápido. Trataba de conciliar el sueño, pero las imágenes de otra recámara igual de oscura lo angustiaban. No sabía si cerrar los ojos o mantenerlos abiertos mientras su pulso seguía veloz. Afuera ladraban los perros como si alguien hubiera salido a disparar sin tregua, con todo el odio del mundo, nada más porque el cielo era una nube color plata sucia.

Rodrigo pensaba en eso cuando Citlali comenzó a roncar. Al menos ella podía dormir muy alejada del recuerdo de viejas torturas o sin tener que estar alerta. En cambio, a él ya no le quedaba duda de que lo reconocerían sin preguntar su nombre. Les bastaría con mirarlo y cotejar esa nariz aguileña con la de las fotos de los esbirros al servicio del presidente, como en el libro que él prologó con sus respectivas reseñas en los diarios de todo el orbe. Quizá

esta vez sí se lo merecía por no haberse cuidado, por equivocarse al dar sus apellidos en la taquilla de los autobuses. Aunque también estuvo lo de ese artículo que apareció con su firma y las manifestaciones a las que asistió porque ahí encontraría a sus amigos.

Volver a ese país estaba siendo más peligroso de lo que creyó. Tanto, que al tercer día ya no le alcanzaba el pasado y mucho menos el presente para descansar a gusto en la casa de sus viejos que, menos mal, enterró hace cinco años para que no lo vieran así, a los cincuenta y pico, con el mismo miedo de los veinte cuando llevaba propaganda de un lado a otro y entre la bohemia y los libros, jugaba a escapar durmiendo en una casa diferente cada noche. Así hasta dar con la frontera, unos caminos helados, mucha sed y mucho sueño antes de llegar a los edificios donde hablaban otro idioma.

No, no debió regresar. Dio clases en siete universidades donde contó lo mismo decenas de veces hasta que de tanto discurso olvidó esa historia para repetirla en el lugar de los primeros hechos. Comprobado, se decía, que de nada sirve saber para evitar las trampas del futuro, para no entregarnos a una espiral oscura. Mejor acabar con todo de una vez y no darles gusto a esos perros, hacerlo así para que sientan lo mismo que quienes recogieron el cuerpo de Hitler.

Pero el profesor jamás podría atreverse, mucho menos por la mujer morena, joven, hambrienta de vida, que lo acompaña. Lo único que puede hacer es pasar las noches en vela angustiándose, esperando la hora en que vuelvan a encañonarlo para que pague el crimen de volver. Eso es todo y mañana a pisar las calles con temor, a evitar hacer llamadas por teléfono, a revisar si no hay por ahí micrófonos escondidos. Ellos pueden, son capaces de eso y

más. Los años les sirvieron para sofisticarse, para aprender a perseguir con más elegancia, hasta *hackers* deben tener; también sistemas de localización vía satélite. A saber si no le han puesto un chip en una bota como hicieron con un líder guerrillero, o si no había algo extraño en la cerveza de ese bar donde cenó. Lo único que no podía entender el académico, entre las olas de su insomnio, es que tardaran tanto en llegar.

Así sus reflexiones hasta que un gato siamés se coló por una ventana que Citali no cerró debidamente. El animal seguía el olor del lavadero y en su búsqueda tiró dos platos de porcelana que la mamá de Rodrigo había comprado en oferta. El ruido aceleró al límite el pecho del insomne. Éste alcanzó llevarse la mano al pecho y nada más. La mujer siguió roncando.

Metrópoli anfibia

Cae una lluvia fina, pero molesta, antes del sacrificio.

Mayumi sigue esperando que él regrese. Fuma. Reflexiona y se estira en ese café donde todos hablan una lengua extraña.

La lluvia arrecia. Paolo contempla los girasoles en ese museo más blanco que un hospital. Quisiera acercarse, pero los guardias no se lo permitirían.

El aguacero produce espuma en los charcos antes de la ceremonia. De súbito escampa. Matli se pregunta cuánta sangre saldrá del elegido.

Mayumi observa a Paolo entrando al *bistró* con sus portafolios de cuero.

Ahí huele a humo y a hierbas. Desde arriba, desde el pico de la pirámide, los demás se ven pequeños, nerviosos.

Paolo la abraza por detrás.

Las plumas del penacho le estorban a Matli, pero también le pesan las pieles que debió vestir antes de desollar el cuerpo.

Mayumi está aburrida y finge que lo oye, que esa conversación petulante le interesa.

Paolo le pregunta si ya está lista para el viaje.

Mitla repite las palabras del sacerdote.

Mayumi se acomoda el cabello antes de encajar su abulia.

Paolo espera mientras le da dos pequeños sorbos al expreso.

Matli recibe el arma de obsidiana. Tiene enfrente, sobre la piedra, a una mujer; así que se apoya en el seno izquierdo donde laten las venas y luego acanalar el cuerpo.

Mayumi dice que no, que ha venido mintiéndole, que ya no soporta los constantes viajes, ni estar sentada en cafeterías idénticas por todo el mundo porque éste es igual en todas partes, porque le aburre el presente y está harta de su hastío de axolotl que pega la nariz en los vidrios.

Matli escarba en el pecho y corta los tejidos para sacar el corazón que se moverá como un pez cuando esté afuera.

Paolo se ríe de las lágrimas de su compañera y encoge los hombros.

Mayumi se lleva una mano a la frente y furiosa lanza al rostro de su interlocutor una taza de té que acaban de servirle.

Matli desmiembra.

Paolo persigue a Mayumi.

Debajo de la pirámide el pueblo está esperando un hígado, un pulmón o riñones para cocinarlos.

Una patada en el hígado, otra en el pulmón y luego en los riñones de Mayumi.

Paolo, en la cárcel, le dice a un hombre que le quema la cara antes de viajar a México.

Tríptico de arqueros

I

Nos tuvimos que encerrar por la peste de allá afuera. No sé cómo llegué a su bungalow si estaba pensando en otra; pero Aída hablaba adivinando lo que yo sentía. Era cómodo no fingir mientras nos burlábamos de la gente con cubrebocas, de las caras de los locutores en la televisión informando el número de muertes. Cínicos y felices (entonces no me daba cuenta de la dicha) abríamos botellas de vino, lavábamos los mismos vasos y comíamos un poco de pan con queso. La cama era mesa, sala y jardín porque soñábamos con ir a los viveros y comprar orquídeas, calas, geranios, girasoles, pensamientos, lirios y todo esas palabras que en la boca de mi amiga se convertían en besos granates de merlot, en olores de un par que jugaban al cí-

clope y a la luna temblorosa en el agua de una novela que comenzaba a reconocer.

Luego el tiempo, el azar, la memoria, el espejo, el laberinto, los tigres. Así hasta la noche y el noticiario de las diez con las mismas recomendaciones: salir lo menos posible, usar tapabocas y no besar a nadie. Lo único que podía hacer el país era esperar a que se redujera el índice de contagio. Lo más seguro, que los enfermos entubados iban a morir. Al escuchar otra vez esa información, Aída se asomaba a la calle de acacias eternas que sólo hay en esta ciudad y dirigía su vista al cielo. Contaba el número de estrellas y de nubes sobre la barranca honda del paisaje. Entonces callaba. Fueron los instantes que menos disfruté porque temía que desapareciera observando la soledad de la avenida. No se lo dije, pero el vidrio del ventanal me parecía una puerta entre dos mundos paralelos. Para mí ninguno era real porque afuera todo era apocalíptico y adentro gozaba del Génesis que tal vez no merecía.

"Así es como comienza a terminarse el mundo", me dijo la tercera vez que despertamos. Le respondí que más bien de esa manera se fundaba el universo.

II

Sospechaba que podría convertirme en su juguete. Estaba sola y sólo podía hablar conmigo porque yo volvía a sus pintores y narradores predilectos, porque la dejaba estar en paz con su locura y la incomprensión del mundo. No preguntaba. No emitía opiniones que pudieran detener el flujo de su conversación. Ella quería ser libre, pero luchaba bastante frente al espejo. Repetía una canción de Fito Páez cuando no estaba dibujando a escondidas algún pedazo de primavera. También sé que no se esperaba lo que ocurrió

en aquella semana de la peste. Fueron decenas de horas memorizándola con las manos y los otros sentidos lentos, satisfechos.

El aire parecía filmar muy despacio nuestra alma. No quería olvidar su ojos ni su voz en ayunas. Me habría gustado encerrarla en un libro porque esa era la única prisión que ella podría tolerar. Sin embargo, me enteré de que Aída era prófuga de otras páginas, de márgenes muy estrechos para la felicidad que provocaba sin sospechar el verdadero tamaño de esta devoción. Y es que cuando me preguntaba por otra, yo respondía entusiasmado. Le hablaba de la piel de esa muchacha, del perfume cítrico, la cabellera brillante y la cintura breve que dije extrañar. Aída me escuchaba atenta. Luego preguntaba detalles: la duración del primer orgasmo, las palabras compartidas, las posibles promesas como peces de colores en su imaginación. "Todas las promesas son bellísimas, pero requieren de su propio ecosistema, aguas y reflejos para no sentirse tristes".

La primera vez que hablé de la muchacha lo hice para confirmar que yo no era una historia importante para Aída, que tal vez no podría serlo más allá del virus, de la encerrona, de nuestras soledades casi gatunas en una pequeña ciudad de descanso que no era nuestra. La segunda vez, al comprobar que mi amiga no se incomodaba, le hablé con más intensidad de aquella mujer alegre y joven. Mi compañera actuó igual, preguntando, aconsejando, riendo y celebrando lo que llamó mi frenesí por una nereida del post-post. La tercera vez fui yo quien se sentía enojado. Desvié la pregunta sobre la frecuencia con que pensaba en la otra. Me dio un arranque y besé a mi cómplice. Esa tarde algo quedó de violencia en nuestro abrazo. Aída se quedó dormida en mi pecho y mientras la primera estrella brotaba

sin prisa en la frontera del ventanal, lloré con culpa. No era más que un mentiroso.

III

Claro, me desaparecía por momentos. Me quedaba callada porque lo había inventado todo, hasta la lluvia que pretexté para escribir el poema y la historia que te trajo. Hacía frío, eso sí fue verdad. Por eso desnudarme era difícil. No sabía que vendrían fotos y luego el cuadro que él pintó y nunca quiso darme. En eso pensaba mirando la ciudad sitiada por el virus. Tú seguías ahí, escuchando, enamorándote –ambos actos son lo mismo–, aunque yo resistía. La última vez que lloré cuando un hombre me confesó sus sentimientos cenábamos con velas y le dije que no deseaba hacerle daño. No lo entendió. Era más joven, como tú. Compraba chocolates y artesanías para mis ojos. Le gustaba el abismo, pero llevaba un paracaídas de repuesto. Nació el día del terremoto. Me dejó un tatuaje y hecha trizas. Eso casi fue lo último.

El más reciente entraba al chat con equipaje de erotómano. Mientras las frases y los besos negros iban de un lado a otro de las computadoras, yo buscaba tu huella. Una vez la memoria sacó su látigo y me acordé del de la pintura. El erotómano confesó estar pensando en una ex novia. También nos mentimos esa noche en medio de penetraciones virtuales. Éramos más amigos que amantes y contra la naturaleza de esas relaciones ni Dios puede. Busqué la novedad para llenar aquello más hondo. Entonces comenzamos a charlar. Era refrescante saberme cazadora, tigra; jugar porque en serio sólo había encontrado un puñado de adioses indigeribles. No contaba con que cansada de coincidencias, de noches sin dormir conversando de madruga-

da, llegábamos a nuestros trabajos ojerosos, pero plenos. No hacía falta dar explicaciones. Nunca hubo necesidad de hacer referencia a ninguna parte de nuestros cuerpos cansados de tocar sin tocar al otro. Ya nos conocíamos. Te daba clases de italiano en la academia del centro de la ciudad. Pero sólo tres horas a la semana hasta que nos encontramos tomando café gracias a una amiga en común. Facebook hizo lo suyo.

En abril no querías regresar a tu casa. La influenza nos confinó. Para entonces chateábamos a diario. Aquella fue una de las conversaciones más entrañables. Comenzamos a las cuatro de la tarde y a las once tomaste la decisión de tocar el timbre. No hablamos. Estábamos hartos de las palabras. El primer día salimos a comprar víveres sin tapabocas. El supermercado estaba lleno. Hicimos una fila interminable y no nos importó. Habíamos vuelto a conversar. Recuerdo que pesaban mucho las siete botellas de merlot. Por momentos sentía que estábamos tratando de dejar Las Vegas, que éramos como los personajes de una película o de aquella novela desolada, como el Cónsul de un volcán debajo de la derrota para cual hemos nacido. No estábamos inventando ninguna clase de amor, me repetía. Simplemente no podíamos estar solos porque teníamos miedo del contagio o porque, tal vez, teníamos que dormir juntos y hacerlo de todas maneras para dejar de desvelarnos. Había que romper un hechizo que se había vuelto insoportable. Calculé, lo admito, calculé el tiempo que duraría. Era directamente proporcional al deseo, el control de la epidemia, la comida y, sobre todo, el alcohol.

Pero nos descubrimos bebedores aletargados. Nos gustaban las caricias, quizá tanto o más que las palabras. Tu ternura debajo del disfraz de Casanova me desarmó. Mi llanto en la regadera porque hablabas de otra mujer

me reveló el riesgo. Esperé a que durmieras para llamarle al erotómano y pedirle que viniera a hacer visita. Estuve a punto de proponer un trío, pero eso habría sido peor que apuñalarte. Todo pasó muy rápido. Fernando llegó con mascarilla. Tú te vestiste. Tomamos café los tres en la sala. Luego ravioles. Se nos hizo de día acabándonos las botellas. Nadie quiso salir a la peste. Ustedes siguieron hablando de música y yo me retiré a la recámara. Dormí hasta que se volvió a hacer de noche. Me levanté buscándote. El bungalow, con los trastes limpios, se había quedado solo.

Neblinas

Se lo iba decir cuando llegáramos. Íbamos lento porque el camino era un muro blanco, suave, una barrera de terciopelo albino que atravesábamos a paso de tortuga. Yo no hablaba mucho, él se iba quejando del frío y la lluvia. Estaba harto de tantas incomodidades, de ese acento que no podía entender. Por ello me estaba cansando traducirle todo. Hablaba sin parar, como acostumbra. Y yo, que en otra época también hablé sin que nadie me detuviera, comencé a odiarlo como hace una hora, un día y la semana pasada. Pero sonreí. Fingí escucharlo. Hasta le respondía con oraciones un tanto largas, como las quería, como las esperaba, en un impecable inglés de Londres.

Me consolaba pensando en alguien más. Se me había hecho costumbre. En la cama, cuando mejor la pasaba él, yo cerraba los ojos repitiéndome que eso no me estaba ocurriendo, que yo seguía en Lisboa, soltera, estudiando.

Pero cuando llegáramos se lo iba a decir. Luego me levantaría de la mesa donde servirían el desayuno, con la excusa de ir al tocador, pero me saldría del lugar, pararía un taxi y rápido, sin pensarlo, respiraría a gusto, nuevamente, por fin. Cuando llegáramos, eso es.

Él no podría encontrarme porque en el camino le estaría hablando a mi amiga Teresa que vive aquí en Guatemala. Sé que me podría ayudar comprando el boleto para Europa. Entraría por Madrid. Me iba a quedar dos semanas solamente, las necesarias para enterrar otros recuerdos, beber algo cerca del Parque del Oeste y llorar de alegría en El Retiro. Luego los museos hasta terminar de aplacar este sueño de volver. En la estación de tren escribiría una carta en una libreta hermosa. Al llegar a Portugal tomaría ese puesto en la universidad, traduciría, viviría sola de nuevo. Cuando llegáramos. Pero la niebla adelgazaba y él se había callado, por fortuna. Nos sorprendieron las intermitentes de una camioneta. Nos pararon dos tipos con pistolas. Se llevaron nuestros pasaportes. Lo golpearon un poco y disfruté. Como venían otros carros, sólo alcanzaron a empujarme. Huyeron. Lo levanté. Sangraba de la nariz. Manejé hasta el lago. Pregunté por un doctor. Tuve que hacer otras llamadas. Sin tarjetas, sin dinero, se me hizo difícil escapar. Mañana, antes de que se recupere, se lo voy a decir.

Desnuda en un jardín con flores violentas

Me contó una historia mientras nos llevaban. Aquel golpe en su rostro me dolía más a mí. Por fortuna no iba en el camión junto con todas las jóvenes. Ya no había espacio. Durante las marchas gritaba mucho. Organizaba las filas y resistió al gas lacrimógeno como ninguna. La seguí mientras se limpiaba la frente. Entonces se dio cuenta de que le tomé varias fotos y se me acercó un tanto molesta: "Hay otros en verdad valientes que deberías tomar". Le sonreí. Me correspondió. Esa noche hubo toque de queda. No dormimos. Nos contamos la vida en mi hotel. Le dije la verdad, que soy reportero gráfico independiente. Ella dijo ser colombiana, pero no le creí. Su acento era raro. Explicó que porque había vivido en cuatro países.

Como ninguno de los dos nacimos en Honduras, recibíamos trato preferencial en los pocos restaurantes que seguían abiertos. La ciudad era cada vez más parecida a

lo que fue Birmania donde logré colarme junto con unos amigos franceses. Salir de aquello fue una aventura que me dejó una larga cicatriz en la ceja. En contraste, el rostro de Laura era el de una reina de concurso. También sus medidas. Me costó entender que alguien así conociera a tantos maestros de la Universidad Pedagógica donde nos reuníamos y a casi todas las mujeres organizadas con cacerolas y banderas. Las feministas eran su tribu. Me miraban con recelo, pero me las gané trabajando. Hacía falta cada vez más ayuda. Yo les dije que con refresco de cola se quita el ardor en la cara por el gas. Me extrañó que no lo supieran.

No me separé de Laura por simple interés. Su fuerza era hechizante y también esa fragilidad que, sospechaba, no era a prueba de balas ni toletazos. Sabíamos que nos podían detener en cualquier momento. Una vez me habló de algo así como de ser "turistas del desastre", que lo había aprendido en una novela de Pérez-Reverte. Morir le interesaba, pero no tanto como atestiguar la represión. "Todos nosotros somos la única alternativa del continente. Si nos matan o torturan, será porque tenía que ser así". Su fatalismo me incomodaba, por eso le hacía bromas y asunto arreglado, volvíamos a las reuniones o a las calles donde la gente comía y cantaba en los campamentos.

Nos agarraron el 22 de septiembre. Ella gritó, empujó y la respuesta fue un puñetazo. Entre dos militares tuvieron que subirla al camión. A mí me encañonaron antes de las patadas, sólo eso. El labio inferior de mi amiga se había desflorado. Luego se limpió como pudo la barbilla. Le quedó sucio el hombro. No se quejaba de los golpes. Tampoco lloraba ni hablaba del miedo. Esto fue lo que contó:

Soñé que bailaba con Cortázar, Héctor, te lo juro. Era un blues indescifrable en cierto salón parisino. El tiempo se detenía mientras

él me apretaba contra su cuerpo. Olía a whisky y yo tenía el cabello más largo, con flores, como esas modelos de Klimt. Mi vestido era verde, también los zapatos con listones cruzados en mis pantorrillas. De pronto se abrió el techo y al compás de la música brotaban las estrellas. Cortázar no abría los ojos. Pero algo me hizo entender que cada luz era como una de sus emociones. Sentí temor porque entonces él comenzó a explicar que ese tipo de cosas sólo les pasan a las magas o a los hombres que no pueden seguir callando cuando una noche así se colma.

También dijo, arrastrando las erres, que si por un momento, uno solo, nos volviéramos acordes, si pudiéramos hacer del corazón el verdadero instrumento para soportar la superficie plana de la vida, la que no posee grietas donde se escapa lo fantástico, la que es bárbara; que si tan solo el jazz pudiera convencer a las flores de todos los jardines olvidados o violentos que es por ese instante que viven las palabras como notas o tonos hasta hace dos segundos imposibles, como improvisación pura y recreación del tiempo, si tan sólo eso sucediera, la humanidad tendría futuro. Porque nada ocurre si el silencio nos derrota y es que nunca nos heredaron una noche como ésta.

Somos, tal vez, los grandes desheredados de la música y nos vamos a morir luchando en contra de justicias insólitas, como tú. Entonces me derrumbé, Cortázar no volvió a despegar los labios. Al último afirmó que más nos vale ser los Che Guevaras del lenguaje, pero fue un recuerdo tardío. Yo quise esta acción, este final, a lado de alguien como tú. No me vi madre, no me vi esposa, no me vi catedrática, periodista o simplemente presentadora de televisión con implantes. Me vi así, sudada, sangrando. Cortázar no lo hubiera entendido. Y es que al final del sueño anunció que mañana, o sea hoy, todo terminaría. Él fue quien rompió nuestro abrazo y de repente se apagó la noche, tanto, como la habitación donde dormíamos. Luego desperté.

Laura no pudo seguir hablándome. Un soldado gritó que nos iban a matar si volvía escuchar voces. Nos llevaron

a un estadio donde desnudaban a todos y así, sin ropa, los pasaban a lo que tal vez eran los vestidores de algún equipo. Ahí estaban los instrumentos de tortura: desde macanas y cables para quemar el cuerpo, hasta los penes mojados de los militares. Se oía el subir y bajar de cremalleras. Ella entró. No la volví a ver.

II. Marea

Todos los jueves

Está nevando en Blacksville y un hombre con aliento alcohólico cruza la plaza. Lleva una botella de whisky envuelta en papel amarillo. Su bufanda pesa. Varios copos se posan en la nariz. En tres pasos llegará al parque.

Recuerda una tarde de noviembre: tartas, jengibre, flores en el sombrero de la mujer sin edad y los juguetes negados que se harían costumbre.

Blacksville, a finales de 1979, era un lugar insufrible.

El hombre busca algo en las bolsas de su abrigo: un papel que será lastimado por la nieve. No lo encuentra. No hay más que pelusa gris y el vacío en su mano enrojecida.

Un trago de whisky, piensa, con tal de tragarse el dolor de la memoria.

Aquella Navidad fue triste. La mujer murió junto con las ganas de hornear galletas. Él, como el chico de una

historia de Hemingway, la acompañaba en los últimos días de su derrota.

Era un sombrero sucio, pero los pétalos brillaban. También la dentadura postiza y los ojos. Para llegar a ellos había que transitar por surcos. Nunca quiso usar peluca. Era una mujer que se tapaba la cabeza pero nunca, jamás, los sueños: "no hay dos cosas de nada en este mundo", decía.

El whisky se le acaba. La necesidad de pararse de esa banca húmeda le crece. Es un hormigueo en las piernas que sube al pecho. Le da calor, sólo un poco, sentir que debe escribir el recuerdo. Tiene que largarse de ese sitio.

Permanece.

El viento le gana a los últimos sorbos. Su soledad es gris y quema de tan fría. Los pinos se mueven compasivos. Él lo sabe: tiene que correr a su pieza oscura y decir que ella se llamaba Polly o Madga. El nombre da igual. Lo importante es poder decir que era dulce su locura, que contaba historias en el verano y siembre quería comer castañas entre la nieve.

No guarda su fotografía. La perdió en el último barco. La marina le dejó el tatuaje de una geisha en el hombro. La seda dibujada ha perdido sus líneas suaves. La piel olvida. El hombre estornuda.

Más copos bailan a lo lejos. Él le da otra vuelta a la bufanda. Tal vez quiere ahorcarse. No, para eso no tiene energías. Beodo, echa de menos su armónica. En julio ella bailaba cuando él se atrevía a soplar algo alegre, sin mucha aspiración más que el júbilo de los amigos.

Ambos creían en Dios y apostaban a que los ángeles, volando bajo, les cruzaban el cuerpo. A veces, cuando un perfume a miel de maple o algunas notas de azahar los sorprendían, le llamaban prodigio a esa fiesta del olfato y Polly

o Magda –da igual– iba el domingo a darle gracias a Jesús. El cura no la recibía. Ella le tocaba la puerta hasta que el clérigo no tenía más opción que sus confesiones de hurtos inocentes: una nuez en el tendajón de Harry, un tulipán de los jardines ajenos.

El hombre ríe. La imagen de aquella corola escarlata en el pelo corto y castaño la rejuvenecía. Lo cierto es que para ella el tiempo se había detenido.

Se fue una mañana. La enterró con los ojos enojados. Alguien juró que un olor terrible provenía de su covacha. Cuando él llegó, ya con el uniforme de la marina, la vio por primera vez como ella era: diminuta, frágil, una muñeca gris que a su lado preparaba aquel adiós imprevisible. Por eso los cantos, las galletas y tanta historia de espectros cómplices bajando del río.

Luego los viajes.

Todos los cuentos de los adultos se parecen. La joven con la que contrajo matrimonio murió en el parto junto con el hijo. Alcohol. El necesario.

Ese día, al dejar el café sucio al que suele entrar todos los jueves, escuchó que un cliente le preguntaba a otro si era feliz. Estúpidos. Pero el aguijón había surtido efecto: el hombre, con su botella de whisky, caminó bajo la nieve.

Pintura con voz

El lugar es una taberna sin corsarios. Son las cuatro de la mañana. Su vestido pesa un poco, está húmedo. El malecón sigue despierto. Afuera hay luna. El hombre va con la ropa de ayer, de antier. Huele a tabaco crudo. Esperan.

Perdieron el tren que los llevaría. El próximo saldrá a primera hora. Alejandro no entiende por qué Mariel necesita subirse a los vagones sucios, viajar entre guajiros, calores y olor a excremento de animales. Simplemente la mira.

En Matanzas crece el polvo.

Beben cocteles de colores despiertos. Sólo ellos dos y otra pareja con los ojos entrecerrados, brindan, se tocan.

Él, mirando la escena, le pasa su cigarro. Ella lo chupa. Luego se quita las gafas, las limpia para ver ese sueño.

Es mejor que no estés sobria, le dice.

En Matanzas el mar es más verde.

Suelta el libro, le pide. Y la abraza sereno.

–Esto es un trozo violado de Europa –piensa en voz alta con su acento diferente.

–Ayer decías que La Habana es un campo de concentración –le contesta mientras se sacude los pantalones.

–¿Quieres irte?

–No, chica, yo me quiero quedar.

Él baja del tren en cada estación. Ella se queda dormitando. Son más de quince minutos en cada parada. Le gusta verlo a través del cristal de la ventanilla con un bosque de palmeras al fondo, con la sonrisa que, intuye, va a extraviar muy rápido.

Por eso la extranjera aprende, de súbito, a tejer su recuerdo de esa forma: sin lamentaciones por lo incómodo del asiento, por los desconsoladores chirridos que hace el tren y no dejan descansar a nadie, por las gallinas flacas que pueblan el vagón, en suma, sin quejas porque son indicios de la prostitución de su carácter. Al menos eso decía Martí y el hombre que la lleva de la mano por Matanzas.

El puente es más pequeño de lo que imaginó. El mar, en efecto, tiene más esmeralda encima, pero es el mismo con todo y espumas.

A los dos les duele cabeza. No han dormido.

Caminan bajo la claridad burlona de febrero.

Lo que él desea construir es una complicidad a prueba de los años. Sabe que su acompañante no lo entiende. Es contradictoria, pero la hace reír, le cuenta cuentos largos sobre la ciudad y escucha, tranquilo, su ser extranjero, su perfume dulce, su conversación risueña a pesar del cansancio.

Beben una cerveza infame. Quisieran hablar así para siempre.

Matanzas está hecha de piedras grises, de arena ignota con lodo.

No hay nada más que ver.

Los ojos del cubano lo saben. Ella busca, todavía, en la plaza una respuesta.

Las rosas que miran la lluvia

El día que la señora King y la Coronela se encontraron, estaban lloviendo pétalos de jacarandas en el patio de aquel salón de té, el primero en la ciudad, con artesanías y pasteles. El calor era una promesa tibia calentándose según las pocas nubes de un cielo sin ganas de tormenta. El español de Rose sonaba dulce, casi tanto como la infusión de un rojo oscuro que movía con una pequeña cuchara de plata que seguía las órdenes de unos guantes de encaje azul. La mexicana no entendía todas las frases, menos cuando a la inglesa se le escapaba un giro en su idioma metálico. Pero ahí estaban, con todo, hablando de lo que vendría.

La Coronela se apellidaba Carrasco y había visto fogatas que olían a pólvora. Porque le mataron a los suyos, hermanos, esposos, tuvo a bien, según ella, comenzar a dar órdenes en una fila de desarrapados.

–Son como niños, así que me portó como si fuera su madre y me hacen caso. Tienen valor y no se dejan –explicó la morelense.

Rose Eleonor King la oía con miedo mientras le daba un sorbo la taza del té que su padre había visto crecer en La India. Notó que su compañera le había dado sólo un sorbo. Entonces mandó por café de olla y unas galletas de maíz y manteca que sí tuvieron éxito en la charla.

Pasaron más de veinte minutos para que la Coronela se acomodara en esa silla de mimbre y cambiara la actitud de quien ve en aquellos pétalos una lluvia de esquirlas quemándole los hombros. La extranjera sabía que no iba a ser fácil aflojarla y muchos menos convencerla de que los amigos de la mexicana eran bienvenidos en aquel salón.

–Los entiendo –repetía–, sé que es una guerra justa.

–No, usté que va a saber de fusilados, del hambre que da en el monte cuando no puedes bajar porque te matan. Debería irse, señora King, se va a poner más feo.

La de los guantes y la blusa de seda estaba al tanto. Pero quería saber con exactitud qué catástrofes caerían hasta formar la tempestad que ni el olor a guayaba en los huertos podría detener.

–Pues mire, quieren este territorio porque está cerca de la capital y no conviene que sea todo de Zapata, si así, ya ve qué fuerza tiene. Pero los enemigos son hartos. Entendemos que no nos podemos confiar. Disfrute, Doña Rosa, esto que tiene, este lugar tan bonito, de veras, disfrútelo un rato, pero váyase, en verdad, no es su lucha, a ver, ¿qué anda usté buscando aquí?

Buena pregunta. Era inteligente la Coronela, debía serlo, no sólo autoritaria, pero también sensible. Le gustaba ese patio circular, algo en el corazón debía sentir cuando miraba atentamente las macetas con geranios.

La inglesa quiso darle un giro a la conversación para después buscar la forma de que su huésped entendiera que en verdad los zapatistas podían contar con ella en Cuernavaca.

–Mire, yo no sé mucho de arreglos con papeles, de pláticas de gente con estudio, lo mío está en el campo. Usté debería hablar con Don Felipe Ángeles, le va a caer bien. Pero antes invite acá a mi General Zapata. Por ahí empiece, a ver qué le dicen, de seguro saben más que yo de lo que viene porque eso quiere saber usté con pelos y señales, ¿no?

Rose se sirvió otra taza de té mientras la Coronela comenzó a ver a todos lados como quien tiene prisa de marcharse.

–Sepa que voy a hablar con alguien para que le traigan a mi General aquí. No sé por qué le tengo confianza, Doña Rosa, se me hace que es valiente.

La dueña del negocio sonrió y le pidió que esperara un poco. Mandó a llamar a la india adolescente que le ayudaba.

–Quiero darle algo, Coronela.

–Otra pistola, eso estaría bien.

–No, no uso armas.

–Debería, al rato va a tener que aprender.

Los últimos minutos también fueron incómodos. La empleada tardaba y la Coronela dijo que tenía que irse porque iba para Cuautla y luego a Tlaltizapán.

–Espere, ya viene Salustia.

La joven traía una caja pequeña forrada con terciopelo azul marino. Al abrirla, escapó el brillo dorado de una diosa hindú, Párvati, es la hija del monte, explicó la inglesa.

–No creen que sea un amuleto, pero me ha servido mucho. Quiero dárselo.

–No, mejor quédelo usté, le va a hacer falta –respondió la Coronela.

–No, yo tengo otros, por favor.

–Está bien, pero mire, préstemelo nomás, cuando la vuelva a ver se lo devuelvo y le digo si tiene poderes o es puro cuento.

–Como quiera, Coronela. Pero llévelo.

Carrasco lo apretó en la mano derecha y al salir se escuchó la tela pesada de su falda y las balas que llevaba junto al pecho formando una cruz de plomo.

En el salón del té quedó flotando una profecía negra y las jacarandas no soltaban ya sus pétalos. Varios meses más tarde, huyendo por Miacatlán, luego del sitio de Cuernavaca y antes de que una piedra enorme le cayera a Rose E. King en la columna, para dejarla enferma de por vida, la inglesa se topó con un hombre flaco que le preguntó si había conocido a la Coronela.

–Claro –respondió Rose.

–Ah, entonces es usted la señora extranjera que le dio un amuleto.

–Sí, yo soy.

–Acá está, me lo dio antes de morir y me dijo que se lo devolviera, que lo tire, que no sirve para nada.

Una casa con naranjos

Al viejo Shanghái que miraba el río Yangtsé como bruma con forma de dragón dorado, llegó un día la baronesa Amandine. El barco entró por una de las tres gargantas en cuyo cauce navegaban campesinos con sombreros de sol y mujeres que mordían pescado crudo.

El amanecer perseguía a las gaviotas con plumas que cobraban un movimiento bermejo hacia las nubes. Con esa visión desembarcó la francesa de cabellos rojos. Iba del brazo de un hombre muy elegante y de Cheng-Sa, cuyos veintitrés años eran muy esbeltos, con levita y monóculo.

Nadie sospechaba del refinado trío. Quien los viera pasar y sentarse en un café frente a suaves panes de arroz, tés aromáticos y tabaco duro, pensaría que su visita era de negocios, que ese viaje era una búsqueda de sedas que al otro lado del mundo no puede pagar el que no pisa las cor-

tes. Deducción equivocada puesto que Amandine, Musset y Cheng-Sa, habían ido a probar opio.

Por ello, todo lo que pasara antes de las nueve de la noche podría contarse como una semana más en el barco cuyo intrascendente vaivén aburría a pesar de los naipes, el brandy y las historias que la baronesa contaba después de los postres. De tal manera que todo lo que descubrieran ahí, junto con las continuas quejas por el calor feraz, sería mucho menos interesante que el sueño verde aguardándolos.

El corazón de Musset se aceleró apenas cayeron los últimos rayos del sol que mojaban de rojo las alas de las gaviotas. La hora estaba cerca y en ese comedor donde mataban pulpos y regaban el pato con salsa de frutas, llegaría el viejo contactado por el chino de la levita. Su nombre era un misterio glorioso. Hasta París se había extendido su leyenda. Afirmaban que en ese año iba por la novena vez que estaba vivo o, para compararlo con un angora, podría decirse que había muerto ocho veces sin abandonar en realidad el mundo. Su nombre era un misterio glorioso.

"Saturno es el planeta que los cobija", dijo el anciano cuando llegó, en una lengua que al joven del monóculo desconcertaba porque era, naturalmente, el idioma de los imperios más antiguos, pero con acento de las tribus que resisten más allá de las montañas con nieve y dioses en las madrigueras de los lobos. Todo en él era un enigma, los guiaba como quien iba con rumbo a ritos de antorchas. Pero no, los estrechos callejones con olor insoportable, el lodo de las calles con heces de palomas, el picante sudor de los hombres amarillos con que se topaban y el aceite con notas de almejas escapando de las ventanas sucias, algo blancas, no parecían el rumbo del paraíso.

Musset tosía.

Amandine abría los ojos cuando más oscuras eran las callejuelas.

Cheng-Sa se llevaba un pañuelo de lino inglés a la boca.

El anciano guardó silencio hasta que abrieron la puerta de roble podrido. Una oscuridad mitigada por la luz de tres velas encintas los recibió en el fumadero. El guía indicó con ademanes que se acomodaran en el piso y tomaran los almohadones de raso que desearan. La francesa quiso hablar, pero Musset le cerró los labios con el índice.

Fue Cheng-Sa el primero en quitarse la ropa. Sus huesos eran dibujados por la crepitante flama que venía del pabilo más corto. "Sin ropa es que viene el sueño", tradujo al francés, lo único que expresó el anciano antes de pasar la pipa. La mujer se tardaba. Tres fondos, un corsé y las últimas cintas que iban desde su cintura a los muslos, no eran fáciles de quitar. Con paciencia el viejo esperó. Ella sería la primera.

Bocanada larga. Luego otra. Después los párpados con plomo y la baronesa en una casa con naranjos y jazmines, un verano en España donde el diablo le da bienvenida y le exige la cópula. Amandine juega como ninfa a que el demonio la alcance, pero él la llama con otro nombre: "¡George, George Sand!", le grita, pero cuando está a punto de tocarla, se abre el viento como puerta y el tiempo es otro, otra la vida con ángeles el 1 de julio de 1804 cuando su madre la expulsó sólo para venir a soñar al mundo, sólo para ese momento de opio que era, como bien le habían advertido, la única verdad entre todo lo raro que trae la vida.

Por su parte, Musset estaba un diván mirando a cien mujeres desnudas, todas latinas, por supuesto, todas bailando en ese harén del deseo sin límite donde poco a poco

los rostros de las bailarinas se transformaban en hocicos de jabalíes. Musset corrió, pero resbaló por el semen que había regado.

Sheng-Sa amaba a un conde rubio y éste lo amaba en un bosque donde un poco antes del orgasmo caía una lluvia de fuego que le quemaba la espalda. Para salvarse inventó que tocaba el fondo del mar, que nadaba entre corales, pero hasta ahí el conde no pudo seguirlo.

Pasaron horas, todo un día. El hambre les abrió los ojos. Devoraron caracoles, calamares y platos muy hondos de arroz con camarones inmensos.

Sobrio, Sheng-Sa se tatuó una llama en el vientre.

Con dolor en las ingles, Musset pensó en un cuadro.

Reflexiva, Amandine consideraba que su nombre era demasiado femenino, que tal vez en el futuro le convendría vestirse como hombre y seguir probando opio en las tabernas.

El anciano recibió varias monedas de oro luego del banquete. Su riqueza se multiplicó por cuarenta aquel verano.

Del viejo Shanghái que miraba el río Yangtsé como bruma con forma de dragón azul oscuro, se fueron, luego de otras pesadillas, el pintor, la baronesa rebelde y el amante oriental de un conde inglés.

De cómo escapó la señora del aire

Primero salió un conejo rojo, parecía una gota de sangre cobrando forma en la esquina de su habitación. Los ojos de la enferma, así la llamaban, lo miraron como quien encuentra la salida de un laberinto neblinoso. Las orejas del animal se multiplicaron hasta ser 18, es decir, nueve conejos que se colocaron en círculo para lo que vendría después: un caballo blanco con alas verdes y un pescado arrastrándose para que ella lo abrazara, enorme, con escamas respondiéndole a la luz con todos los colores del universo que pueden latir en un cuadro.

Así, con esos brillos, cayeron del cielo las plumas de los señores con crestas y los perros melancólicos. Éstos abrían el muro con sus patas filosísimas arañando el papel tapiz.

Luego se hizo la luz negra de las horas, el pesado río naciente en la vena de un cántaro, las noches con el humo

de las antorchas y la extraña voz de los búhos que nadie puede traducir en esos territorios de la vigilia.

Para entonces, la enferma comenzó a reír, sobre todo por las velas de piel de un barco cuyos marineros eran cocodrilos. Flotaban en el agua sirenas con cuernos. Volaban a ras de nubes grises, unicornios con brazos y cabras con sed que arroparon a la soñadora con sus mantos oscuros.

Después un fantasma le ayudó a embarcarse, a perderse en la línea del horizonte con esferas, hasta llegar a las gigantes cunas de unos gatos de día y mujeres blancas, con pico por bocas, de noche. Ahí Leonora descansó.

Al día siguiente le regalaron una paloma para que la montara y aterrizara después, totalmente cuerda, en el portón de aquel manicomio donde los nazis nunca llegarían.

Manhattanhenge[2]

Era una mañana fresca bajo la sombra de los rascacielos. Hasta las once de la mañana comprobé que era cosa de julio aquella luz sospechosa, hija de un sol quizá más lento. Lo supe porque caminaba por una de estas calles con números y gente bien vestida.

El aroma de los perfumes cítricos y las sodas de dieta me producía una extraña emoción, como cuando entras al cine y el caramelo y la sal conspiran para atraparte. No sabía cómo una muerta podía oler y recordar las sensaciones que deja el momento feliz de las golosinas, su perecedero

[2] Cuando la puesta de sol se alinea perfectamente con la recta que dibujan las cuadriculadas calles de Manhattan, y por el cual se puede ver, como solo ocurre en contadas ocasiones al año, la caída del sol en la isla sin que ningún edificio la tape.

viaje en nuestra boca. En fin, eso es cosa de los vivos y que yo sepa, hace unos meses tomé la decisión.

Pero ahí estaba, caminando entre la multitud –como dijo Lorca–, sintiéndome Natalie Portman en *Closer* que es decir empezando de cero el final de una película. Ahí estaba, decía, paseando mi vestido negro de cuello *halter* como una fan de tercera de *Sex and the city,* pero en Manhattan al fin y al cabo en contra de todos los pronósticos, de una enfermedad artera en mi sangre, de los libros que como bien me dijeron, al final no sirven para nada.

Leer corrompe la vida y la muerte; no ayuda ni a ser un fantasma resignado, chocarrero, rencoroso ni llorón. No, la lectura te hace ver siniestros donde todo sigue en calma, conflagraciones en las felices rutinas amorosas y te deja con ganas de salir corriendo detrás de una leyenda propia para luego escribirla. Mal. Por eso no me cuidé, temía no llegar a tiempo, como el conejo de Alicia, como la Liebre de Marzo, como Hemingway, Alfonsina Storni y Silvia Plath.

Eso iba pensando desesperada y lo que es peor, tratando de disimular la angustia. Durante los 30 años que viví no recuerdo un solo día tranquilo, en silencio. Estuve siempre habitada por voces severas que solo leyendo disminuían. Eran las palabras de otros o las mías en contra de lo que deseaba expresar y nunca fue dicho. Tal vez una mentira, y qué. Con todo, un dulce engaño sobre mi condición mediocre de heredera inadaptada, diabética y huérfana de madre, habría sido mejor que la lucidez venenosa.

Por ello aceleré el paso. No me atreví a correr como si me persiguieran aunque sabía muy bien que nadie podía verme. Al doblar una esquina vi el abrigo y las ojeras de Paul Auster. Me sonrío.

–Aún no quiero caminar hacia allá –dijo.

–No entiendo –respondí.

Señaló con el índice, muy despacio, el final de la calle. Por andar ocupada en mis angustias no había visto el cielo. El sol de la mañana se había convertido en una tarde amarilla con una moneda roja casi a la altura del final de esa misma calle que debe ser, ahora lo entiendo, el fin del purgatorio; pero no sé, aún no, si el comienzo del paraíso, el infierno o el regreso a la vida. Entre todas estas opciones yo no quería ninguna.

–¿Verdad que es bello? –preguntó.

–¿Qué? –le contesté distraída, triste.

–El sol gigante, como una pelota de playa desobediente que creció de más –dijo mirando el horizonte.

–No sé, estoy perdida.

–¿Cómo los vagabundos?

–Exactamente. No lo había pensado así, como los vagabundos.

Entonces me invitó a caminar junto a él, se había animado a avanzar hacia esa puesta de sol. Lo acompañé reflexionado que si Paul Auster no está muerto todavía, pero yo sí, ¿qué estaba pasando? Sólo lo podía saber acercándome a esa luz que no era puerta, sino un dulce incendio, una cortina melancólica y caliente que me llevó de nuevo a esta línea: era una mañana fresca, bajo la sombra de los rascacielos…

Madriguera de terciopelo

Era de madrugada en Constantinopla cuando el látigo del monje Livio apremiaba a los infelices que cavaban sin parar en el patio del templo. Más hondo, más, exigía ese señor de hábito oscuro, planchado como la noche sin cometas. Los hombres ponían todo de sí. No llevaban palas y por eso metían incluso los codos en el barro frío.

En la mente del monje aún estaban calientes los recuerdos. Los había soñado en cada *maitine* y escogió esa fecha porque era la que marcaba la costumbre romana, cuando el espíritu de Dios se hacía presente. Con o sin palomas, él juró que aquella celebración de Eclesiastés le ayudaría. Pensaba en monstruos que ni con rezos, imágenes que espantan pero fascinan a los hombres que al final ceden ante la lujuria. Lo sabía bien, la herida en su muslo izquierdo, hinchada por las pústulas del cilicio, daba fe. Mientras más le dolía al moverse, con más odio propinaba

el latigazo sobre una espalda débil. El silencio tortuoso de esos desdichados y las sombras, no ayudaban a que Livio pudiera olvidar aquella cabellera rizada que entró en su celda levantándose el hábito y tomándolo a él, uno de los más fieles y sacrificados monjes, por detrás para llevarlo cerca del demonio y el placer de las brasas del infierno donde gozó cada noche.

Pero una tarde se llevaron esos rizos a otro convento. El del hábito descansó pocas semanas, sin embargo la ansiedad le robó sosiego. Comenzó a tocarse sin desearlo de verás para poder dormir. Luego debía pagar el pecado con flagelaciones secretas. Ni él mismo imaginó soportar ese círculo perverso de placer e infecciones.

Muy aficionado al estudio, el monje se refugió observando otras creencias. Le llamaba la atención que en ese mundo las personas pudieran adorar a varios dioses, sobre todo a diosas, lo cual era una herejía imperdonable que lo ponía de más mal humor que de costumbre. Hasta que tropezó con la leyenda de Medusa y algunas cabezas de piedra que la recordaban. El hallazgo fue un trueno en la abadía. Con ayuda de los sirvientes limpiaron el lodo de esas rocas; éstos, asustados, se alejaron de prisa al descubrir el personaje. Esas esculturas eran fieles a la magia mortal de los ojos de quien fue violada por Poseidón en el templo de Atenea.

Livio se quedó mirando las serpientes de la cabellera que le recordaron ciertos rizos. Entonces montó en cólera. Convenció a su superior de castigar no a quienes veneraban esa imagen –ninguno, por supuesto–, pero sí de exorcizar, enterrándolas, dichas obras de arte griego, eran malos augurios que el diablo ponía enfrente. Nadie se podía enterar de dicha ceremonia. Sólo los sirvientes obligados que cavaban el pozo hasta quedar sin respiración.

Livio los miró ya un poco lejos de sus faldas. Fue en ese momento que él arrojó la última cabeza de Medusa. Luego levantó las manos, gritó en latín y se arrancó la vestimenta. Lo último que hizo fue lanzarse sobre aquellos hombres.

Tres vestidos

I

La mujer corta azahares en un jardín ajeno. Con la mano derecha se toca la herida de aquella operación rápida, pero profunda, caliente, como un tatuaje que no quiere terminar de secarse. La mujer camina despacio, convaleciente de nubes cargadas en su interior.

II

La mujer espera en el café de la esquina, afuera de la universidad donde él estudia. Se ha limpiado los ojos con las servilletas rasposas que le dieron. Americano sin azúcar y una cuchara que revuelve la infusión que ahora es la vida. En la bolsa lleva un sobre.

III

La mujer va callada en ese asiento. Mira montañas, luego casas tristes y después un lago a punto de secarse. Cierra los ojos. No escucha los signos de interrogación que le lanzan a la cara.

IV

La mujer quiere llegar a escribir un correo electrónico, a guardar tres vestidos, cosméticos, desodorante y la bolsa de todos los días. Pero hay dos cacerolas, cinco platos, dos sartenes con grasa y siete vasos sucios en el lavadero. La mujer quiere dejar todo limpio y acostarse, pero también escribir un correo electrónico, guardar tres vestidos, cosméticos, desodorante y la bolsa de todos los días.

V

La mujer despierta y no ha escrito ese correo.

VI

La mujer sale al mercado. Se marea otra vez. Luego, cansada, llega a la carnicería. No soporta el olor.

VII

La mujer lo sabe.

VIII

La mujer, nerviosa, escribe y recuerda, al digitar la petición, que alguna vez, en un jardín ajeno, se tocó la misma herida.

IX

La mujer sale del hospital con el primer vestido de los tres que había doblado en su maleta. Escuchó en la radio, por la mañana, una canción dulce, lenta, que decía algo del cielo.

Necrológica en abril

Ambos llevan abrigos y sus ojos se cruzan. Basta sólo ese instante para contar lo que sigue: el señor, al pie del muro, acariciando su instrumento. La joven, con la cabellera húmeda, disimulando tormentas interiores y Berlín, a punto de olvidar sus ángeles, todavía sin lluvia aunque el aire insiste.

Dentro de poco el muro habrá caído y Mstislav Rostropovich, que dirige las cuerdas, las percusiones y otras ráfagas, lo sabe. Le toca a esa pared como a una mujer indecisa a punto de ceder ante la seducción del tiempo. En tanto, la joven del abrigo abrocha el último botón de su espera y oye sin oír la música que no es una nube cargada esta vez.

Alguien debió llegar hace dos horas con sombrero y paraguas costoso. Alguien que luego de invitarle un martini y hablarle de notas musicales, la abrazaría en Alemania, no

en Milán. Luego los dos escucharían cómo crece el don del viejo ante ese muro rayado, pero histórico. Entonces todo iba a cobrar sentido: el tren desvelado, la cerveza caliente, el pan grumoso, la ventana con gotas vanguardistas, el recuerdo de la sangre que aún no llega y el silencio de los pasajeros con bufandas. Todo, ya dentro del abrigo, jugaría el rol de una hoguera portátil.

Pero alguien no ha llegado. El ruso lo ignora, por supuesto, no es su deber hacerle al adivino. Él, como casi todos los exiliados, tiene la mirada honda que sabe descifrar los ojos de otros expatriados. Por eso la cabellera de esa joven alta lo llamó, por eso sus pupilas se encajaron en la miel bronca de aquel mirar.

Minutos más tarde, Alessa no aplaude como todo el público en la plaza.

Dicen, los que sueñan, que al marcharse de ahí se robó la música y el violonchelista, al pie del muro, también lloró.

De barro suave y de calandrias

Corrió entre los rosales y llegó a la habitación con el dobladillo de seda destrozado. Era, debajo de los mangos rojos, un corazón sin jugo. Latía desde el broche de esmeraldas y topacios, hasta los moños azules de sus zapatillas españolas. Latía como queriendo abrir los muros o ahogarse en las fuentes de poca profundidad que la rodeaban. Sentía que el aire perdía peso y sólo podía escuchar los gritos que nacerían después. Dentro de poco.

Lo había ayudado. Le había dicho que el español era un idioma de cadencias. Lo convenció de aceptar la corona y la capa de piel que en esas tierras estorbaba. Los alazanes eran bravos. Los cielos expuestos, inmedibles. Ella sabía montar. También llamaba a las constelaciones por su nombre. Nunca se mareaba en los carruajes. Mucho menos en los barcos.

Jamás escuchó voces. No tuvieron que amarrarla. Sus crisis de llanto eran rarísimas. Huérfana de madre, la habían educado igual que a los hermanos. Le gustaba el viento, eso sí. Solía escapar de la clase de música para vagar por los jardines del castillo. Optaba por los más extraños escondites. Hacía llorar de rabia y miedo a las tres nanas.

Creció más que sus primas. Rebasó el uno setenta y dos. Sobre el cuello alargado se posaban los collares más vistosos. Su destino no aceptaba menos. Eso creía. Eran muchas cartas ofreciéndola. Dichos papeles con sello de cera púrpura, iban en los sacos de los soldados imperiales.

El mejor postor supo conquistarla. Era rubio y algo niño. No fue capaz de aprender aritmética, pero era bueno cazando perdices. Vital, detestaba las horas interminables frente al escritorio. La verdad es que la pluma de faisán se le escurría en la mano. Manchaba de tinta los pliegos más formales. Podía armar una escena si la tela de su atuendo no estaba bien planchada. Se cambiaba dos o tres veces al día. El sudor lo mortificaba al punto de llevar siempre consigo un pequeño pomo de perfume.

Aquel olor era hipnótico para la noble que se dio a su abrazo. No le importarían las tormentas. Pensó que era suficiente con la bendición de un cardenal, las alabanzas de los conservadores y los ánimos de la corte donde había crecido. Nada podría salir en contra de lo que Dios le señalaba. Sabía luchar por lo que más quería, empecinarse, salirse con la suya así fueran unas trufas grandes o el apoyo de Pio IX.

La pareja hizo una vida verdaderamente tropical en el jardín atravesado por magníficas enramadas oscuras de rosas siempre en flor. Las fuentes ahí, bajo las espesas copas de los naranjos y de los mangos seculares, refrescaban

el ambiente. Dormían en hamacas. Las aves les cantaban y ambos se mecían en sueños de más gloria.

La emperatriz pasó varias semanas sin más ropa que la dicha entre las paredes de esos cuartos. Igual que las calandrias, mecía el tono de su propia canción muy hacia dentro. De ahí que no le preocupaba que su pareja saliera cada vez con menos claridad. El emperador saltaba del lecho con pocas palabras en la lengua. Se apuraba a lavarse. Decía, antes de salir, que tal vez esa mañana sí mataría a un venado. Ella se quedaba abrazando al infinito y a los almohadones.

Comenzó a latir de esa manera cuando él se hizo más ausente. Los manjares quedaban sin tocar. La silla vacía le hacía daño, pero lo justificaba. Lo defendía con los enemigos. Lo idealizaba con los sirvientes. Fueron estos los que la pusieron, sin querer, sobre aviso. A las sonrisas dulces que le dirigían como su señora, sobrevino la adustez.

No tuvo que preguntar.

Lo siguió un miércoles. Se amarró el corsé a medias. Entró en las zapatos finos a oscuras como a oscuras anduvo el Jardín Borda. No tenía miedo de tropezar con los helechos o resbalar pisando algún zapote. Los pasos de su marido la guiaban a lo lejos, más allá del lago. Ahí los encontró.

Lo hacían rápido, como expertos, como si no fuera la primera vez. La otra tenía por cabellera un manto azabache que le llegaba a la cintura. No se comparaba esa mata con los caireles claros de Carlota. Los pechos de la india se desbordaban en los finos dedos con anillos del emperador, incluida la sortija del matrimonio.

Lloro ahí mismo. Se dejó caer en el barro suave del jardín. No le importó que los holanes y los encajes se ensuciaran. La cacería de Maximiliano buscaba desde hace me-

ses otra presa. Ella, la esposa, pensaba y resentía sin poder controlar su corazón. Le hizo falta mucho aire.

Volvió al cuarto corriendo. Ya nunca más iba a escuchar a las calandrias.

Comenzó a gritar todas las noches. Eran pesadillas que pronto se volvieron diurnas. Sales, tés y más descansos. Todo era inútil. Los viajes para defender el Imperio también fracasaron. Extravió aquel destino de tules y coronas. Si no era eso, si no podría ocurrir de esa manera, los largos pasillos de la locura, con arritmias incesantes, la esperaban.

Nuestras señoras de lo celeste

Nunca tuvimos una casa de muñecas. Para nuestros juegos bastaban las ramas de los árboles; con el barro imaginábamos pasteles. Acabábamos sucias y muertas de tanto andar de un patio a otro mientras se caían las guayabas. Dormíamos esperando ver golondrinas cruzando el cielo a diario. Yo quería más nubes de colores impronunciables aún cuando no podía aspirar a un destino diferente. No obstante me las arreglaba para no tener que copiarle un sueño a nadie.

Descubrí algo en las letras debajo de ellas mismas, una música sobrenatural, un poder al alcance de las que no teníamos casas de muñecas, pero sí aliento y ganas de correr más allá de la puesta del sol, de los caminos con lumbre quemando la caña madura de diciembre. Eran senderos con mujeres que volaban y venían a enseñarme

cómo unir la distancia de los astros hasta formar versos con brillos que también aprendí a leer desde el balcón.

No querían mi vientre con un feto en el futuro, no me obligaban a ir al aquelarre ni me hablaban del diablo con un dios a quien amar. Me llenaban de flores, de cantos y de azúcar. Peinaban mis trenzas con sus dedos afilados, llenos de anillos con gemas que nunca he vuelto a ver. Se movían lentamente por encima del suelo, de todo lo que pensaba que existía, porque sin darme cuenta ya estaba elevándome también, mirando desde lo alto, como en un sueño, los magnolios, las rosas de la abuela, los pantalones con grasa de mi padre.

Me acostumbré a las brujas y a sus mininos que lamían con sed la savia del chicozapote. Los meses se fueron mudando a otros meses idénticos. No le contaba a nadie de las señoras con las que me ponía a jugar. Un día siniestro, sangré. Mi madre me contó una leyenda que no creía que fuera real, pero estaba cumpliéndose en mi cuerpo. Se iba a repetir, cientos de veces, aquello se iba a repetir. No podría hacer nada más que irme, volar por siempre con ellas en la noche. Fui a buscarlas. Repetí los hechizos para que atraer una tormenta, para que las tardes fueran rojas, para que viniera la sequía, para olvidarlo todo, para que los hombres se volvieran locos por una lechuza, para que me llevaran más allá de la luna sangrienta de octubre. Fue inútil. Me abandonaron aquella vez.

Pallade che doma il centauro

Caminó en dirección contraria al cauce de turistas. Un guardia alto y escandaloso apremió a muchos extranjeros para que abandonaran los salones. Ya era hora de cerrar las puertas, de apagar las luces para que descansaran las pinturas. Pero Minerva quería quedarse ahí.

Decidida a mirar por última vez aquellos cuadros, logró fugarse hasta una sala principal en la Galería de los Ufizzi. Se sentó otra vez frente a Palas y el Centauro. Sintió el aire frío que le movía una lágrima en los ojos. La mirada de la bestia, irritada y algo triste, le habló de un repertorio de bastantes días confusos, del cansancio de fingir ser presa, del hartazgo por ser más valiente que el presunto cazador con pezuñas.

Aquel era entonces un bizarro sentimiento que la ataviaba como las ninfas con olivos y coronas de flores en los campos mágicos. No supo, por ello, de dónde sacó esa

alabarda que ha matado a tantos como él, mitad caballos, mitad hombres con sed de sangre de seres como ella. Tampoco supo, y es que era tan sólo una turista emocionada, los porqués de ese viaje, el mar de atrás, el peso de su escudo y la longitud terrorífica del arco del Centauro.

Todo ahí, en un tiempo que Minerva violó al acercarse, al cerrar los ojos para no soltar más lágrimas frente a un Boticelli que la obligaba ahora, dentro de la pintura, a ir hundiendo dulcemente su mano en los cabellos de la bestia, a mirar así, con la dulce compasión que va a infligir la herida, con el arrepentimiento *a priori* de la que llevará una cicatriz oculta en el recuerdo, con el dolor de los vencedores castigados por la piedad que los devora, por una duda que es lanza, por un silencio que se queda dibujado en el museo de la experiencia. Ella sabía lo que iba pasar, sin duda.

Mapas de desayuno

Elías toma café que él mismo muele, cuela y sirve en una taza roja. Son las seis de la mañana y detrás de las cortinas se ve un cerro.

Luz abre los ojos frente al jardín de su cuarto. Se cubre nuevamente. Escucha.

Elías le cuenta de su último viaje para despertarla.

Luz, más allá del tiempo, ríe por las anécdotas. El cansancio entre aviones, la incomprensión foránea. Últimamente le está gustando su propia manera de callar mientras él se mueve de un lado a otro de la cocina y el comedor. Sabe que esas historias se detendrán en algún punto y entonces ella volverá tejer lo suyo: un relato veloz y también extranjero. Sabe que estará lista en pocos minutos y seguirá besándolo. Saldrá al aire del mundo envuelta en la serenidad de esas palabras.

Elías pone a tostar pan. Acaricia el frasco de una mermelada de zarzamoras frescas. Luego la mantequilla orgánica y los ruidos matutinos de la ciudad que inicia sus tormentos. Por eso habla de Tanzania y de cordilleras con nieve en otra parte.

Luz se ha desnudado. Mientras el agua tibia le moja ese sueño, pregunta: "¿qué más?, ¿cómo te sentiste entonces?"

Él, entre mordidas al queso que también acompaña su desayuno, sonríe porque la mujer no cerró la puerta y la mira. De lejos, más allá de su decoro, Luz se talla las rodillas sin abrir del todo la mirada. Sobre el sexo le escurre espuma. Puede hacer dos cosas al mismo tiempo: limpiar lo que le queda de noche y hablar como si nada, con la voz algo ronca, del olor a margarina que invade su memoria. "Huele a cine, me gusta".

Elías continua hipnotizado, nervioso, habla sin parar de la India. Ella le responde que quiere ir al Taj Mahal, que en la secundaria su cuaderno preferido, el de sus dibujos secretos, tenía una imagen de esa construcción.

Se ríen.

Mientras Luz entra en su ropa, él se sirve café nuevamente. Ella, ya en la cocina, hace lo mismo.

Se buscan.

Por primera vez crece un silencio.

Ahí, frente a Luz, no hay nadie.

Allá, junto a Elías, esa mujer no existe.

Más allá del cerro azul

I

Lo esperaba entre los cañaverales salpicados de flores amarillas en noviembre. Era un camino entre Jojutla y Tlaquiltenango alejado de las vías del tren. El pecho se le aceleraba al escucharlo aproximarse. Ella, con su falda de popelina siempre roja, no hacía más que corresponder a esa sonrisa: antes de desmontar y llevársela, él ya estaba diciéndole lo mucho que lo embrujaban sus "ojazos".

Lo demás sucedía haciéndolos felices. La mayoría de las veces eran rápidas. Celia tenía que volver para no acarrear sospechas. Decía que iba a moler el nixtamal, que prefería hacerlo a esa hora y no al amanecer, cuando el molino estaba lleno. A su esposo no le importaba. Tenía otra y con ella, dos hijos mayores. Se repartía entre las dos mujeres.

Rubén Jaramillo sabía de ese matrimonio, pero ocupado en los detalles de su lucha, engañaba al corazón con otras urgencias. Y vaya que lo fueron. Pero él sabía cómo arreglárselas. Aún era un joven de gestos inocentes cuando aprendió a usar la carabina. Fue de los consentidos de Zapata a quien le sirvió con lealtad en el cuartel, a quien siguió por las hogueras y las pilas de los muertos. Desde entonces supo que nada iba a ser fácil. No descansó hasta poner en su lugar a los caciques y mirar desde una esquina cómo se firmaba el Plan de Ayala.

Últimamente andaba en tratos con otro general.

II

Celia no ignoraba de quien se había enamorado. Bastaba con ver cómo lo saludaban en la plaza. Se decía de todo: que era un asesino, violador y cuatrero, que era de los "muchachitos" de Zapata, que engañaba a su gente con promesas imposibles. Otros, en cambio, celebraban su valentía, su honor a prueba de billetes, su bondad y defensa de los desprotegidos.

Eran más los que lo querían. Eso le gustaba a Celia. También el secreto a voces de su relación con Rubén. Jojutla era un pueblo pequeño, con gente de Tepecoacuilco y uno que otro foráneo dispuesto a hacerse rico con el arroz. Sonaban vientos industriales. Sobre todo por Zacatepec, donde habían llegado varios hombres a construir la fábrica.

Ella se enteró por Jaramillo:

–Habrá un ingenio. Van a cocer la caña y hacerla azúcar. Va a haber trabajo para mucha gente. Nomás que hay que cuidar que no se lo roben luego, que no vayan a querer administrarlo sólo los de arriba.

Lo veía tan contento que lo dejaba hablar y hablar. Al poco tiempo le contó de "Tata Lázaro" y la invitó a comer junto con otras personas en el patio de los Olea. Ella no pudo ir porque Isidro se enfermó de una gripe inolvidable. En la otra casa, la segunda o la primera, no lo quisieron cuidar. Celia sólo alcanzó a ver pasar la comitiva con dos coches que traían de México. En uno iba Cárdenas y un poco atrás, Jaramillo montado en un potro café. Acababan de fundar el ingenio azucarero.

Lo veía poco. Se consolaba pensando que Rubén se estaba volviendo cada vez más importante y que por ello debía irse a su lado. Se lo iba a proponer. Era lo justo. Estaba cansada de fingir y esperar angustiada alguna señal.

Fue a mediodía que le tocó la puerta uno de los ayudantes del revolucionario. Apenas abrió, le dijo:

–Aquí el patrón le manda esto.

Era una canasta con dos bolas de requesón, cinco aguacates y un kilo de cecina excelsa, de pulpa. Se le derramaron los ojos cuando vio los víveres. Interpretó esa dádiva como una disculpa, una señal de que por la tarde tampoco se verían. Pero el correo con huaraches y sombrero color marfil, agregó:

–Y pues también me dijo que lo esperara donde siempre.

La frase bastó para que Celia recuperara el ánimo. Abrazó entonces sus obsequios y los acomodó en la cocina.

III

Las cosas no cambiaron para los dos. Rubén seguía en ascenso. De buenas a primeras presidió el Banco Ejidal. Pero las presiones eran muchas. Desde 1938 los empresarios re-

clamaban más ganancias. Se tenía que cuidar de los funcionarios y de los traidores.

Isidro enfermó crónicamente. La tos que padecía no se quitaba con nada. Un doctor de la capital hizo el diagnóstico: tenía cáncer de pulmón y le quedaban, a lo sumo, dos o tres meses. Celia no hacía el esfuerzo de mostrar algún dolor. Igual que una enfermera fría, lo bañaba, le daba las sopas y los purés. No hubo una noche que no rezara para que su esposo descansara en paz más rápido. No hubo una mañana en la que no se asomara por el balcón buscando a Rubén o a uno de sus hombres.

En la tienda de Matías se enteró de que Jaramillo había raptado a una jovencita de 16 años. Se lo dijeron con mala intención. El tendero separaba las sílabas: "La vieron en Tla-quil-te-nan-go; es de ojos bien azules. Ha de ser por allá de Tehuixtla".

Lo buscó. Le mandó a decir que lo esperaba todavía. Ante los ojos del pueblo le iba bien ese rictus. La gente pensaba que la agonía de Isidro le provocaba las ojeras. Y es que el ejidatario se tardó en morir. Fue un velorio difícil porque la otra familia quiso arrebatarle el cuerpo y la herencia. Pero el difunto había dejado todo en su lugar. A Celia le tocaron algunos terrenos. Vendió uno y abrió su propio tendajón. Durante ese periodo se mantuvo ocupada. Trabajó mucho más que la competencia y pronto destronó a Matías como el comerciante más próspero en Jojutla.

Una tarde estaba despachando veladoras y medio kilo de sal, cuando un amigo de Rubén entró en la tienda. La miró detenidamente. Ella no supo qué decirle. Pensó lo peor.

IV

Habían tratado de matarlo.

La paz era tensa en Morelos aún. Sin Lázaro Cárdenas al frente, Rubén quedaba a la merced del enemigo.

–¿Dónde está? Tú sabes, Filemón, tú sabes. Llévame con él.

–Pos no puedo.

–¿Por qué?, ¿está con otra?, ¿ya se casó?

–No es que sea eso. No es que se haiga matrimoniado ni nada. Es que, pos, está escondido.

–No me importa. Llévame. No le digo a nadie.

–No, cómo cree. Está bien feo por allá. Puro cerro. No hay nada. Puros animales nomás.

–No me importa, ya te dije.

V

Llegó insolada, con los pies deshechos. No sabía montar. Salió a las cuatro de la mañana y junto a Filemón subió dos montañas enteras. Tropezó con una piedra y se hirió las rodillas. Se limpió la sangre varias veces.

Era la misma hora de sus encuentros cuando Celia lo encontró tendido en una hamaca. Habían cortado con machetes la maleza e improvisado un sencillo campamento.

Aunque Rubén intentó disimular, los ojos le brillaron:

–¿Y ora tú, qué haces acá?

–Nada más vine.

El abrazo se prolongó toda la noche. Celia escuchó cómo iban llegando más personas a la punta de esa montaña. Hasta ese día ella pudo comprobar el liderazgo de su

pareja: dictaba órdenes que los demás acataban convencidos. También lo vigilaban a todas horas.

Algo se estaba gestando. Algo grande.

Los ejidatarios cultivadores de la caña andan descontentos. Querían imponerles una cuota ínfima, es decir, comprarles su producción por nada. Dicha imposición crecía sin límites. Jaramillo aseguró que en todo el Estado jamás vio tal injusticia.

–Ni en los tiempos más duros de mi general esto pasó. Tanto plomo y tanta sangre para nada.

Las juntas ahí, entre aullidos de coyotes, cerros azules y la leña que Celia junto con otras dos mujeres encendía para preparar los alimentos, se prolongaban durante horas. El plan se resumía en conformar un grupo armado. Lo primero, conseguir las armas. Lo segundo, idear estrategias para presionar al nuevo gobierno. El objetivo, parar los castigos al campo morelense.

Rubén era portador de una fe que comenzó a preocuparle a Celia. Tanto, que una mañana intentó decírselo:

–Las cosas cambian. A lo mejor hay que entenderlo.

No lo hubiera dicho porque él amenazó con echarla del grupo, con olvidarla, con pedirle que se fuera por donde vino:

–Mira mujer, no se te olvide que yo no te traje acá.

Luego la acusó de traidora, de querer vender la tierra, de no entender absolutamente nada.

Ocurría lo contrario: Celia comprendía muy bien.

VI

Cuando llegó el quinto cadáver, ella decidió abandonarlo. No dormía. No podía comer los caldos que le preparaban. Una de las esposas de otro jaramillista –así ya los llama-

ban–, le comentó que esa cruz debía cargar, que más le valía acostumbrarse y estar preparada para lo que fuera.

Celia no quiso resignarse.

–Aguántate, vendrán tiempos mejores –le aconsejaban.

Pero comenzó a extrañar el olor de las especias, la tranquilidad de los quintos que caían fácilmente en sus manos, las sonrisas de la gente que le daba las gracias por los pilones. Quería irse.

De todas maneras había dejado de verlo.

Le llevó varios meses comprender que el verdadero amor de ese hombre eran sus ideales, es decir, el reparto justo de las tierras.

–¿Y yo?, ¿dónde quedo yo? –se preguntaba.

VII

Bajó con el mismo hombre que la había subido al monte. Filemón había perdido el ojo izquierdo en un combate. Ella vio cómo le sacaban un proyectil del rostro. Atendió al herido durante varios días.

Ya en los abarrotes que Celia volvió a abrir, conversaban:

–No, pos no. A mí ya nadie me va a regresar mi vista, ni el gobierno ni nadie.

–Es que así no es, así no. Tiene que haber otro camino.

–Pos no veo cuál, doña.

–Uno sin muertos.

–Uy, pos eso no se puede.

–Ése es el problema, Filemón, que no lo ven.

–Y ora, yo, menos.

VIII

Rubén entró a la política con todo. Aceptó la amnistía de Ávila Camacho y en 1945 fundó el Partido Agrario Obrero Morelense. Fue candidato a gobernador de su entidad ese mismo año y también en 1952. Constantemente perseguido, volvió a la resistencia en las montañas. Se casó y tuvo tres hijos. Volvió a enemistarse con el gobierno. Adolfo López Mateos no lo podía ni ver. Murió cruelmente asesinado junto con toda su familia.

Hasta su muerte, Celia supo de él por los periódicos. No volvió a casarse, pero tuvo dos hijas: Félix y Prisciliana. La segunda era mi abuela. Murió hace tres meses. En el último cajón de su clóset, dentro de una caja verde, encontré varias fotografías, cartas y otros documentos. Al fondo había seis hojas viejas. Ahí leí esta historia.

Todos los mares llevan a Virginia

Esta es la carta que no encontrarás, Leonard, dejé una donde te digo que sólo pude ser feliz a tu lado. Así debía ser para honrar tu compasión, tu fuerza ante las voces que ya no podía dejar de escuchar o las visitas del mismo arlequín que veo por las mañanas en el pasillo de la biblioteca. Sí, querido, debía decirte algo más bello que una frase con la cinta de la gratitud antes de tomar la decisión, de negarme un nuevo otoño con castañas y hojas de oros tristes, ambivalentes, para la nieve de enero. Tenía que ser cortés en aquellas frases, escribir para tu calma.

Mi realidad es otra. Cada segundo trae consigo un poco de mal. El tiempo no es bueno y la vida que él nos arranca con todo y sus días luminosos, nunca nos compensa. Ay, Leonard, fuiste necio. Ayer te vi llorar porque hace mucho que no quiero recibir a nadie ni comer normalmente. Pero por la tarde me reconfortó ver la mirada

de la enfermera Loise que ha venido a cuidarme y consolarte con sus finas maneras. Si te postraras ante sus ojos de venado, tal vez serías feliz. Mira, tú si lograste darme un trago de esa bebida dulce que es la dicha. En cambio yo te hice probar todos los venenos de lo que llaman mi locura y que no es otra cosa más que una sucesión de tropiezos mentales que nunca pude alejar. Lo diré con más elegancia, lo que no pude apartar fue una secuencia despavorida de aves negras siempre sobre el cielo de nuestra casa. Soñaba mucho con ellas y en varias ocasiones me desperté para abrazarte antes de que me atacaran. Ahora vienen por mí y no duermo, Leonard, no podría con esta lucidez total. Como siempre estoy escribiendo junto a la ventana y las parvadas se acercan. Calculo que para la tarde ya estarán aquí, contigo, porque habré de impedirles que me lleven si me acurruco en el río. Me gusta pensar en el canto de las aguas como una tumba que corre, que no permanece escondiendo en su entraña unos cuantos huesos que tampoco quise. El agua es como yo, nunca la misma, rápida o lenta según el ímpetu del mar.

No te pido perdón, aunque entenderás en ese otro documento que me apena mucho no poder envejecer acariciando tus arrugas o lanzando monedas a fuentes mágicas. Yo no soy un ser afortunado. Siempre estuve atada a una condena ardiente, al miedo a la verdad, igual que mi madre. Nací con hilos negros por venas. Así que es cierto lo que muchos te han dicho, no se puede perder el tiempo tratando de regresar a este mundo a una mujer extranjera ahí en tu realidad. Tenían razón esos cocodrilos que hay en tu familia. Tampoco mintieron los espantapájaros llamados críticos. Estarás bien, Leonard, como el recuerdo opaco que será esta fecha y las flores que estén a la par de mi apellido en algunos cuadernos.

Esta mañana, convencida de lo que haré, estoy en paz. Deberías verme así y abrazarme, despedirme contento, pero no es tu naturaleza. Para mí siempre tuviste eternidad y detesto esa palabra.

Un beso limpio, aunque algo salpicado de llanto al recordar tu boca en la primera vacación, cuando te quise.

Si por casualidad encuentras esta página, convéncete de que escuchaba a los pájaros cantar en griego. Debía marcharme.

Epílogo

Si a la poesía le es posibilitado cambiar el mundo, como afirma Juan Manuel Roca, el gran poeta colombiano en el prólogo de *Estacionamiento de Avestruces*, poemario de Alma Karla Sandoval, y añade: "… escrito por una joven mexicana que pasa una temporada en Colombia, en este país en el que muchos se avestruzan para no mirar un tiempo de miserias y de miedo".

Alma Karla Sandoval en *Todos los mares llevan a Virginia* sólo cambia el verso por la prosa para expresar en sus magníficos cuentos, como afirmara Juan Manuel Roca, "…nuevas realidades desde la cotidianidad de la vigilia y desde el sueño del lenguaje…".

Cuentos que encierran globalmente dramas del mundo actual: la violencia, la vigilia, el sueño y la ensoñación, elementos esenciales en toda poesía, que son fundamentales también en su narrativa.

Las protagonistas de sus cuentos suelen ser mujeres de esta época: activista en *Desnuda en un jardín con flores violeta*, escritora en *Copos de noviembre*, protagonista en *El trance*, doctora en *Cultivo de rotación*, extranjera taciturna en *Todos los mares llevan a Virginia*.

"A la poesía le es posibilitado cambiar el mundo…", escribe Juan Manuel Roca, y la oscura realidad contemporánea es expresada con poesía en los cuentos de este libro.

DOLORES CASTRO

Esta primera edición de
Todos los mares llevan a Virginia
de Alma Karla Sandoval,
número 31 de la colección *Lengua de gato*,
que consta de 1.000 ejemplares,
se terminó de imprimir en abril de 2014
en los talleres de Sediento Ediciones,
Abedules # 168, colonia La Perla,
57820 Nezahualcóyotl, Estado de México.

LAUS DEO

Colección general de narrativas en español.

Otros títulos:

18. Marisa D'Santos, *El canto de la serpiente*

19. Guillermo Fajardo, *Los inocentes también*

20. Ulises Paniagua, *Historias de la ruina*

21. Marisa D'Santos, *Isla de pájaros*

22. Guillermo Mendoza, *El diario del caníbal leproso*

23. Roger Vilar, *Brujas*

24. Carmen Fuentes, *Las plegarias perdidas*

25. Rosa Pereda, *La sombra del gudari*

26. Luis Bugarini, *Estación Varsovia*

27. Luis Bugarini, *Perros de París*

28. Luis Bugarini, *Memoria de Franz Müller*

29. Pablo Paniagua, *Nadine (algo más que una novela porno)*

30. Mauricio del Castillo, *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación*

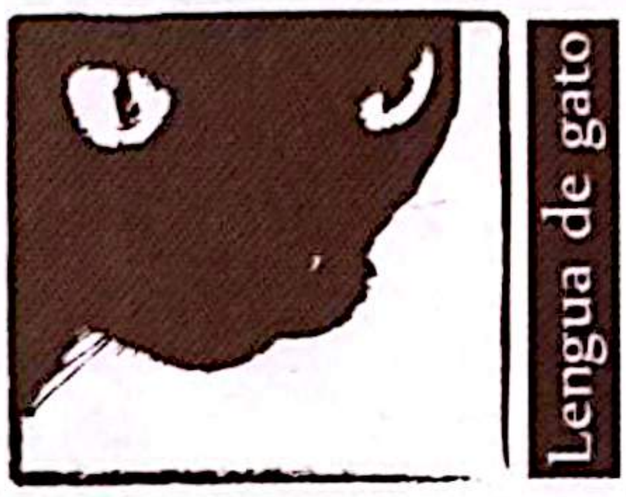
31. Alma Karla Sandoval, *Todos los mares llevan a Virginia*

sedientoediciones.com

En *Todos los mares llevan a Virginia* Alma Karla Sandoval sólo cambia el verso por la prosa para expresar en sus magníficos cuentos, como afirmara Juan Manuel Roca, "...nuevas realidades desde la cotidianidad de la vigilia y desde el sueño del lenguaje...".

Cuentos que encierran globalmente dramas del mundo actual: la violencia, la vigilia, el sueño y la ensoñación, elementos esenciales en toda poesía, son fundamentales también en su narrativa. Las protagonistas suelen ser mujeres de esta época: activista en *Desnuda en un jardín con flores violeta*, escritora en *Copos de noviembre*, protagonista en *El trance*, doctora en *Cultivo de rotación*, extranjera taciturna en *Todos los mares llevan a Virginia*.

DOLORES CASTRO



Narrativas en español

MORELOS
PODER EJECUTIVO
Secretaría de Cultura

SEDIENTO
EDICIONES

ISBN: 978-607-9243-08-1